



Año IV.—Núm. 90
30 Marzo 1923.

En este retrato de la bella marquesa de Santa Ana y Santa María se aprecia la elegancia del arte de Cecilio Pla. La distinción de la dama no podía encontrar más delicado trasunto. Admiradores de la belleza de la señora de Aróstegui, felicitamos al gran pintor por su acierto y nos complacemos en publicar su obra al frente de nuestra revista.

UN LIBRO DE LA CASA DE MEDINACELI

PROSIGUIENDO la publicación con tanto acierto emprendida por el duque de Medinaceli, acaba de aparecer la segunda serie de los principales documentos del archivo y biblioteca de la Casa ducal, trabajo importantísimo que está realizando con su competencia y su talento reconocidos el Sr. Paz y Melia.

Cumple esta segunda serie la promesa hecha en la primera—histórica—de dar más amplia muestra de lo que es hoy la citada biblioteca, que consta de más de 13.000 volúmenes impresos y 604 manuscritos, y aunque debió llamarse «diplomática», según el plan primitivo, el largo tiempo y el detenido estudio que requerían los copiosos documentos del archivo de Cardona, como diplomas y escrituras desde el siglo IX a fines del XIV, de muy difícil lectura y muy deteriorados, inclinaron el ánimo del duque a alterar el orden, dejando para la tercera serie la «diplomática», y para la cuarta y última la «artística», en la que quedarán consignados cuantos objetos y documentos importantes encierran el palacio, el archivo y la biblioteca de los duques de Medinaceli.

En cuanto a sus notables colecciones de ejemplares de Historia natural, que admirablemente presentados en vitrinas ocupan los salones del ala derecha del palacio, ya el culto prócer—a semejanza de lo que hicieron los duques de Orleans y de Montpensier—ha consignado en interesantes volúmenes cuanto se relaciona con sus viajes y cacerías por España, África y países del Norte.

El objeto de la publicación de las cuatro series a que nos hemos referido explicarlo con modestia pareja de su talento el joven duque de Medinaceli en la carta puesta al frente del primer volumen: «Espero—dice, dirigiéndose al señor Paz y Melia—que no se vea vano alarde de ostentación, de que estoy libre, sino homenaje que rendimos a la cultura española, que podrá aprovecharse de estos datos históricos y artísticos, muestra de lo más curioso que en mi archivo y biblioteca se conserva.»

Propúsose a la vez el duque, con igual espíritu de cultura, librar de posibles pérdidas, al menos, los más importantes documentos, por el único medio de perpetuarlos, cual es la imprenta, reproduciendo los de mérito artístico, orlas, autógrafos, sellos, etc.

De la importancia de éstos puede formarse idea con sólo consignar que los correspondientes a los Estados de Aytona, Cardona y otros, en Cataluña, y de Medinaceli y Feria, en Castilla, alcanzan algunos la fecha del año 860; versando sobre Historia, Teología, Medicina, Filosofía, Jurisprudencia, Música, Matemáticas, etc.; conservándose aún 604 manuscritos, no obstante la merma de 500 descubierta por el Sr. Octavio de Toledo, pasando del millar los documentos que pueden calificarse de raros o curiosos.

La edición está hecha a todo lujo en la imprenta de Blass, y en esta segunda serie hay documentos tan amenos e interesantes como el relato que de la coronación de la Reina María de Inglaterra hace el duque de Alburquerque, Antonio de Guaras, que por las noticias detalladas de trajes, coronas y preseas, bien puede considerarse como un precursor de los modernos y tan calumniados cronistas.

No queremos privar a los lectores de saborear algunos párrafos de este curioso relato. Dicen así:

«El postrimero día de septiembre del presente año de 1553 partió la Serenísima Reina María de Inglaterra para ir al palacio de Westminster, porque otro día siguiente había de hacer su coronación.

«Primeramente iban muchos gentileshombres cortesanos y del reino, vestidos todos con ropas de seda con hermosos aforros, cabalgando en muy hermosos y bien aderezados caballos, que la mayor parte iban encubiertos de terciopelo, hasta en tierra; después, todos los barones y todos los príncipes, superbamente aderezados, unos de oro, otros de plata y muchos de ellos aderezados los caballos, lo mismo que sus personas.»

Cita luego los principales personajes del cortejo, entre los que figuraban «cuatro caballeros españoles, en calzas y jubón y coletos a la espa-

ñola, y gualdrapas los caballos, que parecían muy bien por su riqueza y por su gentil invención». Y añade:

«Luego venía Su Majestad en una litera descubierta por todos lados, salvo del palio, y toda ella cubierta de oro; a la redonda de la litera, a caballo, la duquesa de Norfolk, la marquesa de Vincestre y la condesa de Arondelo, vestidas de terciopelo carmesí, con las cubiertas de los caballos de lo mismo. Su Majestad iba maravillosamente aderezada, y el manto era de plata y el tocado de oro, con muchas y muy preciadas joyas de gran valor. Es Su Majestad de treinta y ocho años y hermosa sin par. Va luego un carro triunfal cubierto de plata, en el cual iban madama Isabel, hermana de Su Majestad, y madama Ana de Cleves, mujer que fué del Rey Henrico, vestidas de plata.»

Y de esta guisa continúa la relación de carros triunfales, cubiertos de tela y oro, y en los que van los príncipes y princesas, de sesenta señores y damas a caballo, y el paso del regio cortejo bajo los arcos hasta llegar al Palacio, donde aguardan prelados y embajadores, cuyo boato y magnificencia deslumbran al pueblo, que los contempla embelesado.

Con lo apuntado basta para que se comprenda el interés histórico y artístico del trabajo emprendido por el culto prócer duque de Medinaceli.

MONTE-CRISTO

BAILES DE ANTAÑO

CUANDO España reinaba en una gran parte del mundo y su idioma era casi la lengua universal; cuando las modas se inventaban en Madrid y todo se hacia en Europa a la española, los bailes de la corte de España tomaron carta de nacionalidad en Francia, entre otros «la Pavana».

Al hablar de ella acuden en tropel a la memoria todas las descripciones de los suntuosos bailes y fiestas ofrecidos por los monarcas españoles de la Casa de Austria. La Pavana fué creada por Hernán Cortés a principios del siglo XVI, y se bailaba entonces con el traje de gala español, la espada al cinto y la capa al hombro, recibiendo el nombre de pavana porque los bailarines hacíanse una rueda a la manera de los pavos reales.

No había sarao sin ella. Los reyes la bailaban primero y los cortesanos después.

De España fué a Francia, a Italia y a Alemania.

La «gavota» es también un baile muy antiguo, originario del país de los gavotes, montañeses de los alrededores de Gap, en los Bajos Alpes, al Suroeste de Francia. La gavota la bailan dos parejas haciéndose frente.

La «chacóna» es un baile de principios del siglo VII, originario de Italia y bailado en España hasta 1750.

La «zarabanda» fué un baile popularísimo y que tenía algo de la danza criolla, y de la «cuadrilla» francesa.

La «farandola» es de origen provenzal; lo bailan muchas parejas, haciendo distintas evoluciones, y todavía anima el fin de algunas fiestas.

En cuanto al «minué», es cosa más aristocrática y francesa; lo trajo a España Felipe V, y es el baile gracioso por excelencia, que aun figura en los carnes de muchas fiestas del gran mundo.

En no pocos bailes de trajes, de esos que llenan con su descripción columnas enteras de las crónicas, se resucitan esas danzas antiguas, que conservan especial encanto y hacen revivir un pasado de tan soberana fastuosidad.

Los bailes modernos, que resultaría ya largo enumerar, tienen el sabor de su época, pero carecen de la gentileza de algunos de los antiguos.

LOS PELUQUEROS DE DAMAS ANTIGUAMENTE

MUBO un tiempo en el que las duquesas majas rivalizaban entre sí en ingenio y aventuras, y en que los maestros peluqueros se mezclaban lo mismo en intrigas amorosas que en asuntos políticos, además de cobrar sus servicios a peso de oro. La razón era que nadie se afeitaba por sí sólo, y que estos artistas capilares, además de ser muy contados en Madrid, sabían aprovecharse de las modas de entonces, y cobraban una onza de oro por cada peinado, con el que embellecían aquellas cabecitas locas.

Buena prueba de este aserto fué la cajita de oro guarnecida de diamantes que cierta dama regaló a su peluquero, y la tabaquera de oro con que otra señora, que solía asistir a los besamanos de Palacio, obsequió al suyo.

Los peluqueros de antaño gastaban calzón corto, espadín y sombrero de tres picos como cualquier noble señor; se colgaban al brazo la rica e historiada bolsa de trabajo, cogían los dos relojes de bolsillo y llevaban una linterna para cuando tenían precisión de madrugar a fin de trenzar la coleta de los oficiales que acompañaban al rey en las cacerías.

Este trenzado era una de las operaciones más difíciles del arte, empleando en ella manteca de puerco. Acto seguido aplicaban al rostro del parroquiano el cucurucho de cartón, que tenía un pequeño agujero por donde respirar. El sencillo aparato se ajustaba por completo a la cara, asomando los ojos por dos ventanillos de vidrio, colocados en la parte superior del cono. Se aspiraba fuerte y quedaba empolvado el cabello sin manchar el rostro. Y tan importante era el empolvado de la cabeza, que más de un oficial fué arrestado por ir sin polvos al relevo de la guardia.

Las damas de esclarecido linaje daban, como es sabido, el mejor tono en saraos y refrescos, a los que asistían las jóvenes del pueblo vestidas de majas, los toreros y los majos de más fuste en el Madrid del rumbo y la gaueza. De antemano servían a aquellas beldades los peluqueros, arreglándoles con maña el crepé y los bucles, o confeccionando las pelucas mezcladas tan sólo con pelo y crín, como rezaba el papel que las envolvía, ajustándose a la calidad de las que inventó Pedro Larchant, barbero de Dijon, y bajo el tipo de las que ganaron el premio otorgado por Fodffredy, favorito del duque de Borgoña. Estaban al tanto de las discordias políticas; de los amagos de revolución y de la vida privada de los extranjeros sospechosos que entraban en Madrid. Discutían las proezas de «Costillares» y Pedro Romero. Dedicaban frases laudatorias al arte de las comediantas en boga. Tenían preparado el polvo en cajas de plata, y con él obsequiaban a los parroquianos, sabiendo responder en latín a «Dominus tecum», que pronunciaban después de cada estornudo de los sacerdotes que iban a tomar el sol al prado de San Antonio.

Cuando en el reloj de cuco sonaban las doce, todos ponían en sus labios la salutación del ángel a la Virgen. Y media hora después, a punto de caer la campanada «del garbanzo», cerraban los establecimientos, se tendían los manteles de Monforte y se servía la olla en platos de Talavera. A continuación un rato de siesta, hasta que se abrían de nuevo las puertas, a las dos de la tarde en invierno y a las tres en verano, coincidiendo con la salida de los frailes a paseo.

Así invertían la sema: a los peluqueros de antaño, deseando que llegara el domingo para tirar a la barra en la solana, o jugar a las damas con algún personaje de importancia, comiendo higos, libando en jarros de barro la rica limonada, y enterándose de las malas intenciones que partían del café de Lorençin, donde se reunían las sociedades políticas.

Como puede observarse, los tiempos han variado mucho. Para los peluqueros de hombres, no digamos. El cabello corto y las maquinillas de afeitar han limitado sus funciones de modo considerable. Los peluqueros de señoras, en cambio, siguen gozando de gran predicamento, aunque en un sentido muy distinto. Hoy poseen sus establecimientos lujosos, y algunos han hecho de su oficio un verdadero arte, extendiendo el radio de su acción desde los salones aristocráticos a los hogares humildes.

EL JUEGO EN SOCIEDAD

POCOS años se han presentado tan divertidos y alegres en sus comienzos como el actual; durante los dos meses primeros, apenas hubo día sin su baile, festival, recepción, o te correspondiente, y algunos hubo que ofrecieron dos y más fiestas. Después de la prolongada época de limitaciones y abstinencias que la sociedad ha padecido, y desaparecidas en su mayor parte las circunstancias que las determinaron, imponiéndose las naturales compensaciones. Las muchachas aristocráticas podrán decir, recordando al poeta:

«El cielo nos debía
tras de tanto dolor, tanta alegría...»

Transcurrido el animadísimo período de fiestas, se ha impuesto la meditación y el recogimiento durante el santo tiempo de Cuaresma. Los ejercicios espirituales y las conferencias devotas han ocupado el lugar debido en la actualidad, y esta época de descanso y de paz ha sido un admirable sedante y una buena preparación para las pruebas de resistencia que hemos de tener en primavera. La nueva *season* será tan animada como la precedente de invierno, y conviene entrar en ella bien preparados, de acuerdo con la copla famosa:

«La rueda de la existencia
te explicaré en un cantar...»

En los días pasados apenas ha habido más que algunas reuniones íntimas, tes fami iares, y, sobre todo, *briliges*. El exótico juego si que triunfando en todas partes, y cada día se le rinde más fervoroso culto; sus adeptos, cada vez más numerosos, pero siempre selectos, lo practican como un rito, y como de ritual se antojan a los profanos sus «santatous», sus «honores» y demás frases cabalísticas. Sus grandes «templos» son una señorial morada del viejo Madrid y una suntuosa residencia moderna de la Castellana. Pero esparcido por el ámbito de la corte existe multitud de «capillas», «capillitas», «santuarios» y «oratorios». Jamás juego alguno alcanzó tan alto y profuso predicamento.

En las fiestas de sociedad, así las pequeñas como las grandes, hay siempre recreo y distracción para todos. Los jóvenes, y aun los ya talluditos, pero ágiles de piernas y libres de preocupaciones en el espíritu, tienen en el salón de baile la mayor satisfacción; los aficionados a las obras de arte, gente tranquila de ordinario, busca su goce en la contemplación de tapices, cuadros, armas, telas, tallas y porcelanas; los que gustan más de la belleza viva que de la belleza inanimada, se dedican a la contemplación de damas y damiselas, más guapas y atractivas cada día, y se refugian en el *flirt*; *gourmants* y *gourmants*, hallan su delicia en el *buffet* y en la cena; políticos y diplomáticos hablan de graves empresas; otros se consagran a la inofensiva frivolidad de la chismografía...

Pero aun hay otro grupo especial de concurrentes a las fiestas, a los cuales es necesario atender. Por lo general, son gente sencilla y bonachona, un tanto retraída y huraña quizás, que no encuentra completa satisfacción ni en el baile, ni en el arte, ni en el *flirt*. Estas raras personas son los jugadores, que se aíslan de todos y se abstraen del mundo exterior, y no viven más que para su juego. Las dueñas de casas aristocráticas que saben organizar bien sus fiestas, no desconocen que el juego es una debilidad como otra cualquiera, y son indulgentes y benévolas para los dominados por esta pasión; a veces, ellas mismas son unas terribles jugadoras. Así, en toda fiesta, hay un lugar apartado y silencioso para los jugadores. Es el «sancta sanctorum» de los cultivadores del rito. ¡Por Dios!... No les distraigan ustedes en su culto, cuando meditan una jugada trascendental para lanzar una «bola» o dar un «codillo». El jugador de

sangre os considerará desde ese momento como su más feroz enemigo.

Desde los tiempos más remotos la humanidad fué esclava del juego; en todas las épocas puso el hombre en tortura su imaginación, inventando cábalas y combinaciones para jugarse hasta la camisa. En las altas, en las medias y en las humildes clases, como recreo, como distracción para el aburrimiento o como medio de ganar el dinero al vecino, el juego fué más que una debilidad, una pasión incurable; acaso también una necesidad. Desde el científico «Ajedrez», los clásicos «Dados» y las aburridas «Damas» al aristocrático «Tresillo» y al moderno «Bridge», pasando por el «Billar», la casera «Brisca», el tabernario «Mus», el peligroso «Julépe» y la traidora «Siete y media», hay una escala interminable de juegos, que no tienen más misión que la

Estella, el conde del Serrallo, el barón del Castillo de Chirel, el conde de Vilches, el académico D. Francisco de Bethencourt, el magistrado D. Tomás Gudal y otros ya desaparecidos. También lucieron allí sus méritos de tresillistas la actual marquesa de Miraflores, la condesa de Aguilar de Inestrillas, el hoy jefe de Gobierno, marqués de Alhucemas, que es un jugador notable; el exministro conde de San Luis, que lo es también; el marqués de Santa Cristina, el también exministro conde de Esteban Collantes, el marino D. Francisco Recur, el cronista *Monte Cristo* y algunos más. Cuando la generosa y bonísima marquesa de Squilache murió, la partida de devotos aficionados al tresillo de Dato y Primo de Rivera se trasladó a la casa de Recur y luego a la del conde de Vilches.

Pero ya entonces comenzaba a imperar y recorrer su triunfal carrera, importado de Inglaterra, el alucinante *bridge*. Muchos tresillistas hicieron defección de sus filas y se pasaron al enemigo, mientras otros promiscuaban. Sin embargo, aun se reserva al tresillo un puesto en los salones aristocráticos, por respeto a la tradición y aun hay jugadores notables y aficionados distinguidos, además de los ya citados. Entre ellos figuran los exministros señores Fernández Prida y Rodés, que son notables tresillistas; el general marqués de Sotomayor, los marqueses de San Vicente, Villamayor, Frontera y Villacaños, el general Querol y D. Ramón Jordán de Urries.

La invasión del *bridge* fué general y su triunfo rápido y definitivo. En las residencias diplomáticas y en todos los salones ocupó el puesto de preferencia, y sus adeptos aumentaron como por ensalmo. En su honor se organizan tes y reuniones especiales, para consagrarse en absoluto al rito, y grandes comidas de *bridgistas* solos. Para más enaltecerlo se organizaron concursos y torneos de *bridge*, con joyas y copas de plata como premio. Se ha llegado a la glorificación del aristocrático juego, que casi toda la sociedad cultiva.

Entre sus aficionados más entusiastas figuran SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria. Como eminentes cultivadoras del rito se cita a la marquesa de Valdeiglesias, que es una maestra; la de la Romana, la condesa de Aguilar de Inestrillas, la de Vallellano, la de San Félix y su hija Nini Castellanos, y las señoras la Bruguera y Almagro. Son también jugadoras muy distinguidas las duquesas de Aliaga, Montellano y Fernán Núñez, la marquesa de Bondad Real, las condesas de Torre Arias, Viñaza y Vega del Ren, las señoras de Núñez del Prado y Béistegui y la señorita Cristina Camarasa. Entre los hombres se cita como jugadores notables al conde de Cuevas de Vera, al aviador Seoane, que es un «as»; el marqués de la Euseñada, el diplomático D. Pedro García Conde, D. Enrique Franco, el marqués de la Romana, D. Jaime Gómez Acebo, el comandante de Infantería Sr. Robles, el marqués de la Frontera, D. César Fernández, el Sr. Entero y algunos más. Los aficionados de menos notoriedad forman legión.

Antaño también rendían justo homenaje en los salones al «noble juego del ajedrez», eran muchos los próceres, los políticos y hombres de ciencia maestros en el arte de mover alfiles y peones, caballos y torres, no faltando tampoco damas distinguidas que gustaban de él. Más, sin duda, las dificultades que el ajedrez ofrece para dominarlo y la lentitud de las partidas, cuando los contendientes luchan con iguales medios de defensa, fueron causa de que este juego se fuera alejando poco a poco de los lugares de fiestas aristocráticas. El ajedrez fué a refugiarse en los Círculos y Sociedades de recreo, donde aún cuenta con numerosos adeptos, que lo practican con verdadera devoción. En el Casino de Madrid, en el Círculo de Bellas Artes y en el Centro del Ejército y de la Armada las «peñas» de ajedrecistas son muy importantes.

Desde que vinieron a Madrid recientemente el famoso campeón cubano de ajedrez Capa-



En los salones de la marquesa de Squilache celebráronse, durante muchos años, famosas partidas de tresillo...

de conseguir que los listos ganen las pesetas a los que lo son menos. Sin tocar a los alucinadores «Caballitos», la «Ruleta», el «Monte», el «Treinta y cuarenta» y el «Baccarra», ahí están el «Asalto», el «Reloj», la «Malilla», el «Rentoy», el «Solo», el «Tute endémico», el antiguo «Ecarté», el truhanesco «Cané», la inocente «Oca», la «Lotería de cartones», el «Billar romano», la «Treinta y una», el «Dominó», la «Rana», la «Mona», el «Burro», el «Tonto» y otras infinitas invenciones, que en resumidas cuentas no fueron creadas más que para matar el tiempo y equilibrar el bolsillo.

No ha mucho tiempo, el castizo y españolísimo tresillo era el juego que predominaba en los salones, como en todos los Círculos aristocráticos y Centros de recreo. En todas las casas distinguidas en que se celebraban fiestas y reuniones, tenían reservado un lugar de respeto. Después de los salones políticos de las épocas de Isabel II y de la Restauración, el de la inolvidable marquesa de Squilache, tan olvidada ya, vino a ser como la «Basilica» del tresillo. Allí oficiaban entre los amigos predilectos de la casa, el malogrado D. Eduardo Dato, el ilustre marqués de

blanca y el no menos célebre ruso Alhekiné, que llamaron justamente la atención, jugando hasta treinta partidas simultáneas, este juego culto y clásico entró en un período de florecimiento, aumentando en todos los círculos los aficionados que lo practicaban. El gran torneo nacional de ajedrez, organizado en el Casino de Madrid, en el que lucharon los más notables jugadores de España y que inauguró S. M. el Rey, apasionado ajedrecista también, jugando una interesante partida con el campeón español don Manuel Golmayo, completó la obra; el culto y noble juego hizo su reingreso en los salones, y en algunas moradas aristocráticas, como la artística residencia de los condes de Heredia Spínola, vióse en ocasiones de grandes fiestas cómo al lado de las mesas de *bridge* y de tresillo hacían su aparición los tableros de ajedrez, presididos por los «Reyes», flanqueados por las «torres» y defendidos por las vanguardias de «peones».

Entre las personas que concurren a sociedad hay muchos ajedrecistas notables. Buenos jugadores son, por ejemplo, el embajador de Bélgica, baron Borchgrave; el duque de T'Serclaes, uno de los maestros del Casino de Madrid; el

duque de Alba, el del Arco, hijo de los Fernán Núñez; D. José Pérez Seoane y el conde de la Címera. También son jugadores muy distinguidos el ilustre maestro Breton, el ex diputado y abogado Talavera, D. Juan Gómez Acebo, don Casto Fernández Shaw y D. Enrique Covián, con otros muchos del Nuevo Club, el Casino, la Gran Peña, el Liceo de América, el Círculo de Bellas Artes y otras Sociedades, de los cuales no podemos hacer lista.

Este período de florecimiento del ajedrez será, sin duda, pasajero, porque la gente es fácil al cansancio y la constancia no es la virtud humana más recomendable. También pasaran el tresillo y el imperante *bridge*, para ser sustituidos por otros juegos, sin perjuicio de reaparecer más adelante. En la vida nada perece ni se destruye por completo; todo evoluciona y se transforma.

Vease, como prueba, lo que ocurre en estos momentos en los salones, en los que acaba de hacer su aparición el plebeyo «Mus», acogido con verdadero entusiasmo. Sin duda, se trata de redimirlo de su pecado de origen... tabernario. Y no deja de ser curioso y un poco desconcertante ver cómo aristocráticas damas, delicadas

damiselas y empingorotados próceres luchan con furor en los envites, lanzan gallardos faroles y sostienen una jerga inverosímil: —¡Doy «Mus»!... ¡No hay «Mus»!... ¡Juego, no!»... ¡Pares sí!»... ¡Pares, no!»... ¡Duplex!»... ¡Una de chica!»... ¡Dos de grande!»... ¡Tres de medias!»... ¡Una porque no!»... ¡Ordago!»... ¿Se explican ustedes este galimatías y tan extravagante torneo?... Decididamente, la Humanidad es tan grande como incomprendible...

Por ello hemos de repetir que con unos o con otros aspectos, con estos o con aquellos nombres, el juego perdura en las sociedades eterno como el hombre.

Nosotros celebramos y aplaudimos con justa satisfacción la noble campaña en que and metido, calada la visera, luchando contra malandrines y truhanes, el duque de Almodóvar del Valle, que es, por cierto, un distinguido *bridgista*, y no sabemos si un musista experto. Pero ¡ay!»... Tememos mucho que su eficacia no sea ni grande, ni duradera. El hombre no puede prescindir de jugarse las pestañas...

TRISTAN.

Teatro

Princesa.—*Lady Frederick*, por William Somerset Maughan, adaptada al castellano por Federico Reparaz.

Toda actuación de Ernesto Vilches es un acontecimiento artístico. Si aquí tuviéramos verdadera afición al teatro y fuésemos hábiles para justipreciar valores escénicos Vilches sería desde hace años el Sacha Guitry español. Su espíritu moderno y refinado, sus dotes de actor y director de escena, su tacto en la elección de obras que armonizan con su temperamento, dan a la labor que viene realizando un sello especial de finura que por desgracia escasea entre gentes y cosas de teatro.

Ernesto Vilches ha importado un género de comedias muy agradable que debíamos conocer y cultivar en España. Se trata de comedias a lo Oscar Wilde. A *Lady Frederick* le ha servido de modelo, sin duda, el *Lady Windermere's fan* y otras piezas semejantes con las que trataron de familiarizarnos la compañía Guerrero-Mendoza, y aquella sociedad dramática Atenea que me parece que murió, como mueren en nuestro país todos los nobles intentos.

La fórmula de estas comedias se reduce a sustituir la fuerza con la gracia, la acción con el diálogo y a combinar las situaciones de modo que los caracteres, si es que existen, se amolden y vayan sujetos a la corrección, al buen tono, a la misma vida social o *high life* que en el diálogo se desmenuza y satiriza con el más exquisito *wit*.

Tienen todas estas obras teatrales mucho del alma inglesa cuando se halla superficialmente pervertida en las playas y ciudades de Cosmópolis. Quienes en ellas conversan y se mueven se burlan de cosas que en realidad constituyen el tondo de su espíritu y salen de allí únicamente para entretener a los espectadores con juegos de ilusionismo y probar la habilidad de quien escamotea acaso sus propios ideales y la razón de su vida y su posición en el mundo.

Dichas comedias, y muchas novelas semejantes que en Inglaterra se escriben, vienen a ser como un objeto bonito y de moda, un vestido

de fantasía, un mueble exótico, una costumbre para *épater le bourgeois* y otros factores de la misma índole que forman juntos el alma moderna. Acaso tengan que ver poco con la literatura, pero entran de lleno en lo que yo llamaría arte de la espiritualidad. Son obras que se clasifican de primera, segunda o tercera según la clase del ferrocarril en que son leídas. Para leer *Lady Frederick* hay que viajar en coche salón. Claude Farrère o Abel Hermant podían haberla firmado.

Una comedia así es necesario representarla con un decorado elegante y muy bien vestidos y entonados los actores. El alma de la protagonista—un alma excelente, a pesar de las apariencias—podría compararse a los atavíos que luce la señorita López Heredia, los cuales son buenos en la calidad y responden en la factura a un arte todo delicadeza y exquisitez. El alma de lady Frederick Berolles reúne también inmejorables condiciones: bondad, desprendimiento, espíritu de sacrificio, amor al bien, respeto a los prejuicios de la sociedad en que vive, todo ello envuelto en frivolidad, ingenio que finge perversidades de buen tono, egoísmo *comme il faut* y suprema elegancia en el vestir, el pensar y el hablar.

El autor (no sé quién es William Somerset Maughan) ha puesto en Mr. Paradine Fouldes, personaje que encarna el señor Vilches, una réplica o un doble de lady Frederick. Tal vez por ello, ambos han nacido para comprenderse y amarse con un amor que es producto de la comprensión mutua. Lo que lady Frederick es en mujer, lo es en nombre Paradine. William Somerset ha fabricado aquí dos ejemplares de una

misma alma. Lo que varía es la envoltura. Los demás personajes carecen de relieve; son como los colores que mezcla el pintor en la paleta para dar un tono determinado. Quien desconoce la técnica pictórica no sabe al ver aquello qué colores entrarán en la composición y, sin embargo, si no estuvieran allí combinados, no existiría el objeto, la persona, el elemento, la atmósfera que ellos reproducen.

Si no me equivoco, *Lady Frederick* es una novela adaptada al teatro. Sobre el escenario de la Princesa, representada por la compañía de Ernesto Vilches, entretiene y refina el espíritu. No le falta ninguna condición para deleitar el alma de niño que tiene el pueblo inglés. Hay incluso un traidor que sale castigado, no con violencias ni gritos, sino dentro de la corrección inalterable que domina en la obra. Cuanto pudiera parecer inconveniente a los buenos usos de la sociedad está solo de labios afuera. La entraña, el nervio de la comedia es la misma placidez. Lady Frederick, para desengañar y dar calabazas a un jovenzuelo que la requiera de amores (con buen fin; aquí va por delante en todas las escenas de amor la palabra matrimonio) le hace asistir a su *toilette*. Los matices de su faz y de sus cabellos no son naturales; usa colorete en las mejillas, lápiz negro para la sombra de los ojos y un tubito encarnado para los labios y las encías; se pone postizos que aumenten la cantidad de su pelo y también pestañas artificiales. El muchacho se desilusiona y no se casa con lady Frederick, mayor que él en quince o veinte años. La escena de *maquillage* es un poco lenta. Irene López Heredia consigue realzarla, animarla, y así el público no percibe que la inocencia de aquel muchacho es ya demasiado paradisíaca aunque muy verosímil dentro de una novela inglesa. Lady Frederick ha de casarse con un tío del inocente joven, que no es otro sino Paradine Fouldes o Ernesto Vilches. Son dos almas gemelas; ya lo he dicho.

Admirable la *mise-en-scène*, la interpretación y la dirección escénica. Irene López Heredia y Ernesto Vilches acertaron en sus papeles respectivos a realzar las calidades de exquisitez y elegancia que en la obra abundan. Contribuye a que tales valores—más plásticos que literarios—entren por los ojos, el buen gusto con que están combinados entre sí decoraciones, mobiliaje, vestidos, efectos de luz y las frases del diálogo que descubren sin querer al mentirnos, la psicología y la condición de buenas personas de lady Frederick y Paradine Fouldes.

LUIS ARAUJO-COSTA

DESPUES DE SEMANA SANTA

LA REDENCION

Ved a Jesús... La muerte, al ser vencida, cerró sus labios y apagó sus ojos; iris de paz, la cruz con sus despojos, se alza entre Dios y el hombre, suspendida.

Por ser su Rey... la plebe, enfurecida, de su frente el laurel tejió de abrojos; mas, ¡ay!, el mundo ingrato, en vez de enojos, por darle muerte, recibió la vida...

Cuando ronco en los antros del profundo, «Venci—rugió Luzbel—; mío es el mundo...» «Todo—exclamó Jesús—se ha consumado...»

Y de la gloria, desgarrando el velo, un ángel respondió: «Murió el pecado; tristes hijos de Adán, vuestro es el cielo...»

FR. RESITUTO DEL VALLE RUIZ.
Agustino.



Epistolario Madrileño

LAS NOCHES DEL REAL

IBA a contarle a usted una cosa, amigo *Leon Boyd*; pero no se la cuento porque usted en seguida, ¡pum!, la manda a la imprenta y me fastidia. Si yo supiera que era usted capaz de guardar el secreto, le diría varios chismecillos de sociedad, muy sabrosos por cierto, y que, a lo mejor, los conoce usted tan bien como yo. Pero ¿y si no los conoce, y los cuenta luego? Nada, nada. Lo mejor será que si quiere usted saberlo se vaya un ratito a casa, o, por lo menos, se pase usted cualquier noche de moda por el Real, y, en un entreacto, le cuento un sin fin de cosas. ¿Quedamos en eso? Pues conste que le espero.

Precisamente ahora el Real ha vuelto a sus noches de esplendor y está brillantísimo. ¿Quién ha hecho el milagro? Pues casi nadie: el excelentísimo señor Don José Fleta, tenor número uno entre los que hoy privan, e ídolo sin rival para muchos, entre los cuales acaso me encuentre yo.

No niego—sino que lo reconozco con mucho gusto—el gran mérito de los demás cantantes que han desfilado este año por la escena del Regio Coliseo. Otelia Nieto y Elvira Hidalgo por un lado é Hipólito Lázaro por otro, han despertado verdaderas explosiones de entusiasmo, muy merecidas. Es difícil llegar a más.

Y, sin embargo, llenar la sala, lo que se dice llenar el teatro, sólo lo ha conseguido, varias veces seguidas, Fleta. Por algo será, digo yo. Y de ese algo voy a hablarle, ya que me he metido a escribir de cosas del Real. Fleta se halla al principio de su carrera. De ahí que tenga una voz en plena lozanía y unos entusiasmos difíciles de igualar. Como es artista de amor propio se va perfeccionando, día por día, en el estudio, y este año, por ejemplo, resulta mejor cantante que el pasado. La media voz de Fleta es prodigiosa. A mí me recuerda algo la de Schippa, y ya sabe usted el éxito que esta clase de voces tiene en todo el mundo.

Tito Schippa—y hablo de él aunque ello sea una digresión, para apoyar lo que digo—está ahora ganando en los Estados Unidos lo que quiere. Miss Pinkerton, que es una institutriz que tuve yo y que ahora está en Boston, me escribió el otro día, y, entre otras cosas, me decía que Schippa se ha dedicado ahora a dar conciertos, con un éxito excepcional. Cobra por esto precios fabulosos y no canta en cada audición más de siete u ocho canciones, entre ellas por cierto, la jota de *La Bruja* y el *¡Adiós Granada!*, que le valen triunfos clamorosos. Como con los conciertos gana más y trabaja menos que con las óperas, ha abandonado por lo pronto el teatro y se da una vida de Príncipe, mientras que va haciendo una respetable fortuna.

Pues todo eso no es más que la media voz; esa extraordinaria media voz, de timbre purísimo, que no tienen más que los hombres de garganta privilegiada. Uno de estos hombres es Fleta. ¿Usted le ha oído este año en *Rigoletto*? ¡Sencillamente colosal! ¿No le parece? ¡Vaya un Duque de Mantua! A mí me entusiasmó de verdad. Cuando él canta parece que el público contiene la respiración. No se oye más que el canto del ruiseñor...

Esto que acabo de decirle es un poquito cursi, lo reconozco; pero se asemeja mucho a la verdad. *La donna è móbile* de Fleta es algo delicioso, mezcla de gracioso y alegre, de elegante y delicado, que verdaderamente subyuga. Así hay que oír luego a la gente en los entreactos. Yo no sé lo que pasaría cuando cantaba Gayarre, pero dudo que el entusiasmo fuera mayor. Además, como hay muchos partidarios de Lázaro, las dis-

cusiones son en seguida apasionadas y con ellas no hacen sino ganar los dos *divos*. Yo me divierto muchísimo oyendo estas discusiones y no me cabe en la cabeza cómo gentes juiciosas puedan acalorarse de ese modo; cuando es perfectamente compatible que Hipólito Lázaro sea un gran cantante y José Fleta un estupendo tenor. ¡Pues no señor! ¡Hay que tirar a uno por los suelos para elevar al otro! ¡La eterna historia de las rivalidades artísticas!

De todos modos, lo cierto es que el Real, como decía antes, se ha vuelto a ver brillantísimo. Yo estuve la otra noche—precisamente hacían *Rigoletto*—y no había una sola localidad vacía.

En el palco Real de diario y en el inmediato estaban el Rey y la Reina Doña Cristina, los In-

Osorio y otras muchas, entre ellas la notable actriz señorita María Palou que, como usted sabe, acaba de llegar de Méjico donde ha actuado brillantemente al frente de la compañía dirigida por el escritor Felipe Sassone.

La función fué un nuevo triunfo para Fleta. Cuando volvimos a casa, mi padre, que se había quedado sin ir porque tenía un jaqueazo terrible, no quería creer las cosas que yo contaba. «Eso es modernismo—me decía—. Os ha dado ahora por encumbrar a este muchacho y no dejáis titere con cabeza ni de lo presente ni de lo pasado.»

Y ¿sabe usted una cosa? Que al domingo siguiente se fué él al Real y volvió más entusiasmado que yo.

Tan entusiasmado vino que bastó el solo anuncio de una nueva audición de Fleta para que yo consiguiese engatusarle... y me convidase.

—¿Sabes que va a cantar *Payasos* y un acto de *Anda*?

—¡Ah! ¿Sí? Pues no me quedo sin oírle.

—Y me quedaré yo en casita?

—Bueno, pues iremos los dos.

Y en el Real nos plantificamos un cuarto de hora antes de comenzar la función y de allí no salimos hasta que por última vez bajó el telón.

—¿Qué gusto da ver los triunfos de los compatriotas!

No tiene usted idea de lo preciosa que estaba esa otra noche la sala. Aun más lucida que la anterior... si cabe en lo posible.

La familia Real, con la Reina, estaba en su palco. También asistía S. A. la Duquesa de Montpensier, que acababa de regresar con su augusto esposo, después de pasar una breve temporada en la finca de Villamanrique y en Sevilla, con los Infantes Doña Luisa y Don Carlos, siendo muy agasajados.

De guardia con la Reina estaban la dama marquesa de Campo Sagrado, y el Grande de España marqués de Canillejas.

Entre las muchas señoras que asistían a la representación, figuraban las Princesas de Hohenlohe, de Ligne, y Pío de Saboya;

Duquesas de Abrantes, Villahermosa, Infantado, Santa Elena, Valencia y Medina de Rioseco;

Marquesas de Jura Real, con su hija Trina; Villatoya, con su bella hija Marichu; Laula, Salinas, con las señoritas de Muguero, Benicarló, Llano de San Javier, Amboage y Tenorio;

Condesas de Artaza, Rincón, Campogiro, con su hija; Sizzo Noris, Arcentalles, Torre de Cela y Buena Esperanza;

Vizcondesas de Garcigrande y Castillo; baronesa del Castillo de Genovés, y señores y señoritas de Van Vollenhoven, Muguero, Marichalar, Fernández Villaverde, Núñez de Prado, Bustamante, Gasset, Pastor, Luca de Tena, Chávarri, Salazar, Tovar, Fuensanta de Palma, Urrutia, Pelizaeus, Mille, Semprún y muchos más.

Me parece que va usted a tener que fijarme un sueldo como cronista de Sociedad, porque no lo hago, como ve, del todo mal.

Claro que, para eso, tuve que irme provista de cuartillas y lápiz para apuntar los nombres. Y en secreto le confieso que me molesta bastante la tareíta.

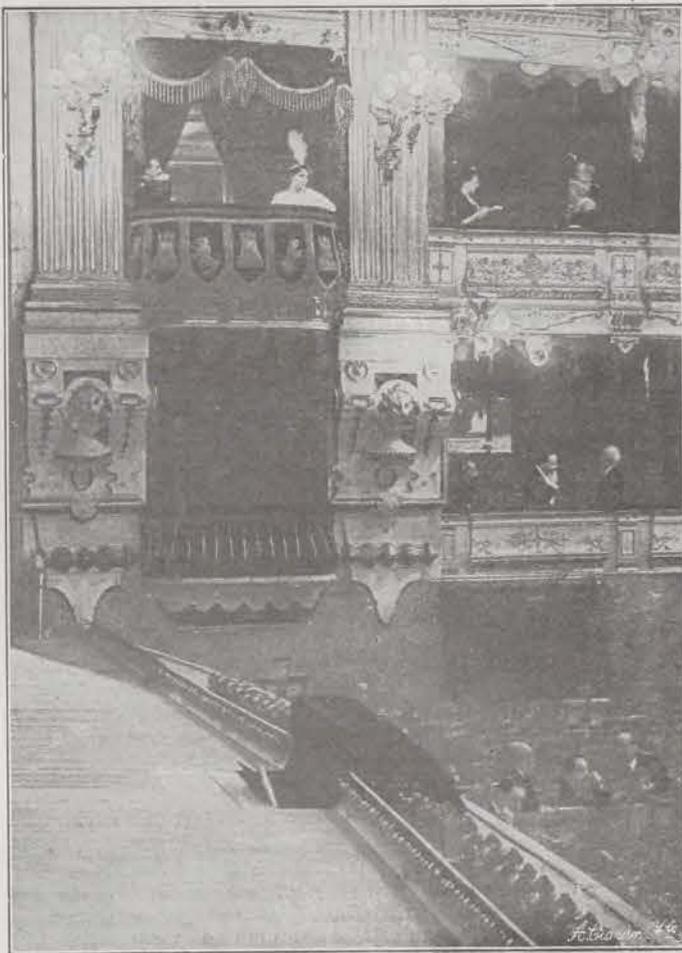
¡Cómo se emocionó mi padre oyendo a Fleta *Payasos*!

Me dijo que reconocía en mí una autoridad en materias artísticas y que, en adelante, se fiaría de mis juicios. ¡Naturalmente!

Como que de otras cosas no entenderé; pero de saber lo que está mal y lo que está bien...

Por eso no he querido contarle a usted ningún chismecillo de sociedad; porque sé que estaría mal.

UNA EXCOLEGIATA DESENVUELTA.



Un aspecto de la sala del teatro Real de Madrid, durante un entreacto. Al fondo, el palco regio de diario.

fantes Doña Isabel, Don Alfonso y Don Fernando, la duquesa de Talavera y el Príncipe Raniero de Borbón.

En el de Fernán Núñez, Livita Falcó, Mme. de Vienne, la condesa de Salinas y Nini Castellanos. En otros la duquesa del Infantado, con la marquesa de Laula; marquesa de Aranda, duquesa de Hernani y señoritas de Ozores, marquesa de Ivanrey, y duquesas de Plasencia y San Pedro de Galatino; duquesa de Villahermosa, marquesa de Villatoya y su encantadora hija Marichu; marquesas de Jura Real y de Haro y señorita de Castillo y Alós; condesa de Heredia Spínola y sus hijas Angustias y Pilar; marquesa de Salinas y sus nietas las bellas señoritas de Muguero, generala Borbón, su hija Blanca y otras señoritas; condesa de Torre de Cela y señorita de Esteban Collantes; señora de Echevarrieta, cuyo palco mostraba la barandilla cubierta de blancos claveles, y señorita de Machimbarrena.

También vi a la marquesa de Argüeso y su hija, la de Nájera; la condesa de Paredes de Nava, las señoras de López Dóriga y Moreno

NUESTROS PINTORES :: EN EL ESTUDIO DE CECILIO PLÁ



"Una valenciana". Retrato de la señorita Cristina Plá, hija del artista. Cuadro propiedad del marqués del Riscal.

El estudio de Cecilio Plá, a la hora del trabajo, ofrece un aspecto interesantísimo. Pleno de luz, que penetra por unos grandes ventanales, que dan a una amplia azotea, los cuadros y los bocetos y los que adornan las paredes, tienen el necesario relieve y no pierden en su especial colorido.

Cuando entramos en el estudio, Cecilio Plá, que viste una larga blusa blanca y se toca con una gorrilla, vigila y corrige los trabajos de sus discípulos. En el tablado, sirviendo de modelo, una chiquilla de doce a trece años de edad, mal vestida, pero guapa y anunciando ya un buen tipo de mujer que, de continuar la profesión que ahora empieza, tal vez pueda llegar a lo que llegaron la gentil *Fornarina*, modelo en sus comienzos, o aquella otra *Charito*, cuyo retrato conserva Plá en su estudio y que hoy es una señora respetable que reside en París en un hogar burgués, en el que no falta comodidad alguna...

Frente a la chiquilla, formando semicírculo, los caballetes en que trabajan los discípulos. Estos reproducen la cabeza de la incipiente modelo. Don Cecilio—como cariñosamente le llaman los que de él aprenden—va de uno a otro y aprueba o corrige los rasgos que se han trazado en los distintos lienzos.

Sus advertencias tienen un tono paternal, y las acompaña con correcciones prácticas. Empuña el carboncillo o el pincel y traza unas líneas o unas pinceladas, que subsanan el error cometido por el discípulo.

En un extremo del estudio, dos lindas muchachas dan los últimos toques a dos cuadros. Son éstos dos verdaderas obras de arte, que el maestro contempla un instante con visible satisfacción. Allí ve el artista la continuación de su larga y fecunda obra. En ninguno de los trabajos de los demás discípulos puede haber más íntima compenetración espiritual con el maestro que en aquellos dos cuadros. Los pintan sus hijas, que son ya dos artistas consumadas que honran a su profesor. Pepita y Cristina Plá tienen un brillante porvenir en el mundo del arte, y lástima será que Cupido, con su inevitable intervención, pueda torcer un día el rumbo de estas dos lindas criaturas, que tal vez no puedan desoir entonces las prosaicas imposiciones del hogar.

Cecilio Plá, feliz siempre en sus ratos de enseñanza, nos muestra cuanto tiene en su estudio, y empieza por enseñarnos el boceto de un gran cuadro que prepara ahora, y que es una nueva demostración de su amor por la tierra que le vio nacer.

Una mujer valenciana, platos y cacharros de Manises, claveles reventones, luz, mucha luz...

—Yo aspiro—nos dice el maestro—a que este cuadro sea un verdadero símbolo del ambiente valenciano; a que se refleje en él la poesía y la luz incomparable de mi tierra; a que brille la hermosa mujer valenciana con todo lo que la rodea.

El boceto permite asegurar que estos deseos serán una realidad que tendrá que agradecer el arte regional español.

Allí, también, uno de los cinco cuadros que Plá compuso para dar vida plástica a los distintos besos. Este es «El beso de la hermana», y en el lienzo destacan los rostros primorosos de las dos hijas del artista, en un beso puro y fraternal.

—No quiero vender este cuadro, como vendí los otros cuatro del mismo asunto. Quiero que éste lo conserven mis hijas, ya que son las protagonistas. Vemos después dos bocetos muy interesantes. Cecilio Plá, hace ya muchos años, pensó hacer un tríptico a base del milagro de San Isidro Labrador. El título sería: «Un Santo español». Compuso la parte central del tríptico: la figura del Santo, pero, por diversas razones, no terminó la obra. En su estudio pueden verse los bocetos de las partes laterales del tríptico, que aún tiene el propósito de terminar el artista. En uno de ellos se ven varios tipos madrileños que van a la Pradera a beber el agua milagrosa, y en el otro destacan, con vigoroso relieve, varios tipos de campesinos segovianos, esos clásicos «isidros» que antes ir a la Pradera han estado en la parada de Palacio y han visto caer la bola de Gobernación.

Son dos bocetos acabadísimos que permiten esperar un cuadro muy notable, si es que el maestro se decide a acabar esta obra.

También se ve en el estudio de Plá «Amor vencido», de honda filosofía; el boceto de un retrato de la señorita de Yumury, hoy condesa de este título; un boceto del techo que Plá pintó para el palacio del conde de Valdelagrana, y una enormidad de bocetos y de estudios de los discípulos, sobresaliendo entre estos trabajos los realizados por las hijas del maestro, que tienen, como especial característica de su arte, la de que sus dibujos no tengan sello femenino alguno. Por el contrario, en ellos se advierte un vigor extraordinario y una fuerza de concepción y de colorido que en nada denotan la intervención de una mano de mujer.

Entre estos trabajos figuran también numerosos apuntes de Cecilio Plá, este hombre incansable que en ningún momento se olvida de su arte. En el tren, en la calle, en el paseo, en todas partes, el maestro Plá requiere lápiz y papel, y estampa en éste, con rapidez vertiginosa, la impresión del momento. Su colección de apuntes es nutridísima. De lo que tiene en el estudio hay muchos de la playa de Valencia, con toda su luminosidad, y otros de las playas del Norte, con sus opacas tonalidades.

—¡Qué diferencia de luz!—nos dice Plá.—Los pintores levantinos no comprendemos la tristeza del cielo del Norte. Fijese usted en que hasta las gentes que van a las playas visten de oscuro. En Levante, hasta la indumentaria es clara y optimista. Aquel es el país de la luz.

Sin embargo de estas manifestaciones, Cecilio Plá ha sabido recoger las brumas y los negros celajes del Norte, y tiene el propósito de convertir en cuadro un primoroso boceto, en el que refleja un día de lluvia en el muelle de carbón de Avilés, con unos hombres que llevan en el rostro el mismo color de la lluvia,



"Pleamar", una de las más bellas y sugestivas obras del gran pintor valenciano.



El ilustrador D. Cecilio Plá.

y en su prestancia la tristeza del ambiente asturiano.

Interrogamos al artista acerca de sus discípulos de ahora, y con nuestra pregunta le proporcionamos una gran satisfacción. Nos cita con elogio a los siguientes: Enriqueta Rexach, hija del general D. Ubaldó; María Pilar Carvi, Irene del Valle, Aureliano Arronte, Daniel Bedate, Julio César Bueno, Antonio Zarranz, Antonio Marin, Angel Jiménez, José Moróder, Carlos Perate, Antonio Escolar, Andrés Feist, de nacionalidad francesa, y Dionisio Gutiérrez del Castillo.

A propósito de este último, nos cuenta D. Cecilio un caso curioso. Un discípulo suyo, David Estrella, fué a la Argentina, de donde es natural Gutiérrez del Castillo, y mostró a éste un ejemplar de la «Cartilla del arte pictórico», obra de divulgación de métodos y procedimientos para los estudiantes del divino arte de Velázquez. Esta cartilla, que es una acabadísima obra, fué conocida por Castillo y por otros artistas americanos, los cuales se entusiasmaron tanto, que consideraron que con solo aquel método podía establecerse una Academia de pintura. Y en Mendoza levantaron un edificio, al que denominaron «Escuela de Bellas Artes». Por entonces escribió Castillo una carta a Plá, en la que, al hablar de la citada «Cartilla» la denomina «Biblia de la pintura». Posteriormente, y mientras funciona la Academia de Mendoza, ha venido a Madrid Gutiérrez del Castillo, y al lado de Cecilio Plá estudia con gran entusiasmo y gran comprensión, depurando sus conocimientos de excelente artista y gusto exquisito.

Esta «Cartilla», de la que pronto se publicará una segunda edición, va a ser traducida en breve en los Estados Unidos.

La «Cartilla del arte pictórico» está dedicada por su autor a Emilio Sala, el gran artista maestro de Plá, a quien éste le rinde veneración.

—A él le debo todo lo que soy—nos dice el artista—. Y es lástima que no se le haga toda la justicia que merece. Porque los pintores saben y aprecian quien era Sala, pero el público no le rinde la debida devoción.

Y ya, hablando de sus discípulos, verdadera obsesión en Plá, vuelve éste a hacer elogios efusivos de varios de ellos.

Habla otra vez de Cosío, estupendo colorista; de Posada, malogrado cuando acababa de obtener una segunda medalla; de López Mezquita, el gran artista que a los diecisiete años de edad ganó una primera medalla por su cuadro «Cuerda de presos»; de Morcillo que, a pesar de su fama y de su arte depurado, no quiere presentar nada en las Exposiciones; de Ramón Carazo, excelente pintor, granadino también, como Morcillo; de Carlina del Castillo, una mujer que sentía tanta devoción por la pintura que, casada y ya con hijos, levantó su casa provinciana y se trasladó a Madrid con toda su familia, para estudiar al lado de Plá... Para todos ellos tiene el maestro frases efusivas de elogio, que demuestran el orgullo que siente por los que han sabido aprovechar sus enseñanzas, atemperándolas a su estilo especial.

Cecilio Plá nos habla también de sus trabajos en pintura decorativa. Además del techo para el palacio de Valdelagrana, de que antes hablamos, ha hecho muy notables obras para el despacho de S. A. la Infanta doña Isabel, y para el Casino de Madrid, palacio de Medinaeli, Circulo de Bellas Artes de Madrid, Gran Peña, Museo de Arte Moderno, palacio de los duques de Denia, etc.

Por último preguntamos a Cecilio Plá acerca de los trabajos que tiene entre manos. Apenas terminado un retrato del marqués de Foronda, el ilustre académico fallecido hace algún tiempo, ha empezado Plá el retrato de toda la familia Foronda.

Trabaja también activamente en otros retratos, y ha concluido el de doña María de Aróstegui, dama cubana que reside en los Estados Unidos y que viene con frecuencia a España, donde pasa largas temporadas.

Y todo esto alternado con sus incansables trabajos en revistas como *Blanco y Negro* y *La Esfera*, que constantemente se honran con la firma de Plá.

Nos recibe otro día el maestro en el despacho de su casa de la calle de Valverde; un despacho de artista, sobrio, sin más muebles que los indispensables, y con muchos cuadros y muchos bocetos y muchos apuntes.

En dos caballetes, dos cuadros sin terminar; uno de ellos «Las gaviotas», dos mudas figuras de mujer, a las que sirve de fondo el mar valenciano, con esas ricas tonalidades de color que constituye una de las más preciadas cualidades de este gran artista.

En los muros, dos cuadros severos: los retratos de los padres del maestro. «Una mora», admirable cabeza de mujer agarena, y que oculta el rostro con un velo tan ligero que apenas si atenúa un poco los rasgos de lo que quiso encubrir. El boceto de «Plea-



"Pepita en Asturias". Retrato de la señorita Pepita Plá, hija del autor. Cuadro propiedad del marqués del Riscal.



"La Walkyria", uno de los principales entornos del poema wagneriano, interpretado por Cecilio Plá.



"Panneau" decorativo que figura en el Palacio del Casino de Madrid en unión de otros cuadros análogos del artista.

mar», el tan celebrado cuadro. Y muchas más pruebas de la fecunda labor del artista.

Plá, afable y sencillo, se somete gustoso a nuevas preguntas, y, contestando a ellas, nos habla largamente de su vida, de sus luchas por conquistar un nombre, de sus entusiasmos artísticos, de sus satisfacciones íntimas, de su hogar, que venera, de todo... Porque Plá reúne las dos cualidades que mejor se hermanan en un espíritu sano y optimista: es artista, y es sumamente afectivo.

Por eso goza al recordar episodios de su niñez. ¿Quién le iba a decir entonces que sería pintor? ¿Con la devoción que él sentía por la música! Hijo de músico y hermano de músicos, las fusas y las corcheas le sedujeron en los primeros años, y en la Escuela de Artesanos de Valencia—donde por entonces, comenzaba el inmenso Sorolla sus estudios de pintura—fué uno de los discípulos de sfofo del anciano maestro Penella, padre del actual compositor del mismo apellido.

El niño Cecilio Plá, estudiante aprovechadísimo y enamorado de la música, soñaba entonces con ser un compositor de valía. Pero...—siempre ha de haber un pero que varíe la orientación en la vida de los llamados a brillar en ella—, un buen día, el buen profesor quiso formar con sus discípulos una banda, y a Plá le encargó de tocar el bombardino. ¡Nunca lo hubiera hecho! Precisamente este instrumento crispaba los nervios de nuestro protagonista. Y Plá se indignó y adoptó la resolución firme, que puso en práctica, de abandonar la música. Con lágrimas en los ojos y honda pena en el corazón, llevó a cabo su propósito el irreconciliable enemigo del bombardino. El sentía un entusiasmo enorme por la música... ¡pero en las orquestas era preciso el odiado instrumento. ¡No podía ser músico!

Aquello le proporcionó grandes disgustos familiares. Su padre y sus hermanos, que vivían de la música, no aprobaron, como es natural, su decisión; y, por otra parte, el adversario del bombardino quería ser pintor y trasladarse a Madrid para estudiar el arte de Tiziano. Así hizo un día en que, valiéndose de una ingeniosa treta, en la que colaboró un desaprensivo sujeto que después había de explotar inicuaente al ya pintor Cecilio Plá, el audaz joven pudo engañar a su familia y emprender un viaje a Madrid, con el capital fabuloso de cincuenta pesetas que le dieron por un cuadro que representaba el Miguelete.

La vida en la Corte, en los primeros meses, no pudo ser más azarosa. Sólo, sin dinero, sin amistades, huyendo de la familia que aquí tenía, por ese orgullo bohemio que impone la obligación de no vivir a expensas de nadie, el joven

Cecilio Plá pasó una época de escaseces y de privaciones, de las que sólo le compensaban sus entusiasmos artísticos y lo noble de sus aspiraciones.

Hasta que un día descubrió su paradero un hermano suyo, Leandro Plá, que residía en Madrid, donde formaba parte de la orquesta del Teatro Real. Juntos vivieron algún tiempo, con mucha modestia, pero con menos sobresaltos económicos de los que hasta entonces había venido sufriendo el bohemio de nuestra historia.

Así pudo empezar a estudiar y a trabajar Cecilio Plá, que no tenía entonces más pesar que el de saber disgustados a sus padres por su alejamiento. Una tía suya, residente en Madrid, doña Josefa Plá, fué entonces una segunda madre para él. De vivir acomodado, obligó a los dos hermanos a que la acompañaran en su soledad. Y allá se fué nuestro joven artista con sus pinceles y sus ilusiones, para trabajar ya cómodamente y sin miedo al pavoroso conflicto de la diaria existencia.

Y entonces presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes su cuadro «El Dante», que le valió una tercera medalla y el reconciliarse con su padre, que al venir a Madrid, atraído por el triunfo de su hijo, pudo comprobar que a éste le asistía la razón al negarse a tocar el bombardino en la banda de Penella...

Cecilio Plá, en su sencillez, no siente la coquetería de ocultar sus años. ¿Para que? Está en pleno vigor físico y en el apogeo de sus facultades artísticas. No necesita despistar quitándose años. Nació en Valencia en 1860, y cuando en Madrid necesitó ampliar sus conocimientos de pintura, fué discípulo del insigne Emilio Sala, el mago del colorido, y para él que siempre tiene Plá frases de cariño y de veneración.

En 1880 se trasladó a Roma, y en la Ciudad Eterna estudió a los clásicos de la pintura. Más tarde viajó por varios países extranjeros, donde completó sus conocimientos artísticos.

Después de ver recompensado su cuadro «El Dante» con una tercera medalla, obtuvo la misma distinción por «El entierro de Santa Leocadia», y ya siguió caminando de triunfo en triunfo. En 1890 y en 1892 fué premiado con dos segundas medallas, y en 1900 con la primera, como recompensa al admirable cuadro titulado «Dos generaciones». Todo esto sin contar con los premios recibidos en Exposiciones regionales y extranjeras.

Pero esos triunfos no han envanecido a Plá, que sigue trabajando con el mismo entusiasmo de su juventud, y que dedica la mayor parte de sus actividades a la enseñanza, de la que ha hecho un culto.

Al llegar a este punto de la conversación, el maestro se anima y habla con más vivacidad y con mayor fe, demostrando que la labor que realiza con sus discípulos es lo que más le interesa, en las diversas modalidades de su arte.

Recuerda nuevamente, hablando de él con orgullo, a López Mezquita, cuyo afán por aprender ha sido tan grande, que al obtener la primera medalla aún iba al estudio de Plá. Habla embelesado de lo que vale y lo que aun puede valer Morcillo, el granadino que llegó a su estudio con Rodríguez Acosta, que también honra a la ciudad de La Alhambra.

Morcillo—nos dice Cecilio Plá—es un gran pintor, y ofrece muchas modalidades en el arte del pincel. Una prueba de ello es que trajo a Madrid en la primavera pasada treinta y tantos cuadros y en poco más de dos meses los vendió y pudo regresar a su tierra con una ganancia de más de 30.000 duros.

Otro de los discípulos de Plá es Cosío, un joven artista que vive en Santander, y que, al decir del maestro, tiene un gran porvenir. Ahora ha expuesto en el salón del Ateneo unos cuantos cuadros bellísimos, y que denotan a un espíritu renovador y muy avanzado en los procedimientos pictóricos. Tiene también elogios para Ardavin, Cabello, Escoriaza, Posada, Tubilla, Corredoira, Carolino del Castillo y tantos otros que a su lado han depurado su arte y han logrado, o lograrán más tarde, los halagos de la fama y de la fortuna.

Y es que, como decimos antes, la enseñanza es un culto para Cecilio Plá.

—Yo enseño a todos por igual—nos dice—, y pongo en ello mi mejor deseo. Luego, cada uno va formando su arte personal con arreglo a su temperamento; pero las normas de enseñanza son iguales para todos. Mi obsesión es la enseñanza, lo mismo en la Escuela de Bellas Artes que en mi estudio. Y, vea usted lo que son las cosas. Yo, valenciano de nacimiento y de corazón, apenas si he tenido algún paisano entre mis discípulos. En cambio, he tenido y tengo a bastantes granadinos, y entre ellos, los que me enorgullecen mucho: López Mezquita, Morcillo y Rodríguez Acosta.

Estoy satisfechísimo de los discípulos granadinos. Sienten un gran amor por el estudio, lo que no les ocurre a los valencianos, que son muy rebeldes. Y el estudio es preciso, es indispensable, al artista hasta que se forma del todo y puede empezar a acusar libremente su temperamento especial.

Este es Cecilio Plá y esta su obra, que merece ser conocida y apreciada por todos los españoles

ANSELMO ALARCÓN.

LA VIDA MADRILEÑA

Almuerzos aristocráticos.



A marquesa de Ivanrey ha dado recientemente un almuerzo en su elegante residencia de la Castellana, sentándose a la mesa los señores de Béistegui, la condesa de Güell, la condesa y el conde de la Maza, la Princesa y el Príncipe de Hohenlohe, el ministro de Estado, Sr. Alba; el de Gobernación, duque de Almodóvar del Valle; el conde de la Cibera, y otros.

En el Real Club de la Puerta de Hierro ha dado otro almuerzo el conde de la Cibera, teniendo como invitados al embajador de Francia y Mme. De France y su hermana Mlle. Caporal; embajador de Italia, marqués Pauluci di Calboli; Princesa y Príncipe Pío de Saboya; duquesas de Aliaga y de Mandas; señora de Merry del Val; señorita de Castellanos; ministro de Estado, Sr. Alba; agregado militar a la Embajada de Italia, coronel Marsengo, y conde de Peña Ramiro.

Y el ilustre escritor y diplomático D. Melchor Almagro San Martín ha obsequiado también con un almuerzo, en su domicilio de la calle de Jorge Juan, al ilustre escritor y crítico de arte don José Francés, para festejar sus recientes triunfos y su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes. Con el homenajeado y el anfitrión se sentaron a la mesa el ministro de Instrucción pública, Sr. Salvatella; el director general de Bellas Ar-

tes, D. Fernando Weyler; los directores de *El Imparcial*, *Nuevo Mundo* e *Informaciones*, señores Gasset (D. Ricardo), Verdugo y Ruiz de Grijalba; el laureado pintor D. Marceliano Santa María, D. José María Salaverria y D. Juan Ignacio Luca de Tena.

La comida transcurrió en agradable charla, y los comensales tuvieron ocasión de admirar después los objetos de arte que adornan la morada del Sr. Almagro.

Un te-«bridge».

En la elegante residencia que ocupan en la calle de Serrano han dado los Sres. de Proctor un te-«bridge» en honor de S. A. R. el Infante Don Fernando, a quien tuvieron el gusto de conocer en Venezuela, al regresar aquél de su embajada a Chile.

Con Sus Altezas el Infante y la Duquesa de Talavera asistieron a la grata reunión el ministro de Suecia y Mme. Danielsson, la Princesa Pío de Saboya, la condesa de Aguilar de Inestrillas, Mme. de Vienne, esposa del consejero de Francia; la señora viuda del que fué embajador de España en Viena, D. Antonio Castro y Casaleiz; la señora de Areces y su bella hija; la señora viuda de Alcalá Galiano; la de Gáilo, nacida Luisa Semprún, con una de sus sobrinas; la marquesa de Valdeiglesias; la señorita de Calderón, y otros varios diplomáticos y personas conocidas de la sociedad.

Los concurrentes fueron obsequiados con es-

pléndido té, y se jugaron animadas partidas de bridge.

Comidas elegantes.

Con motivo de inaugurarse los partidos de polo en la Casa de Campo, el marqués de Villavieja ofreció en su elegante residencia una comida a algunos polistas que en esta temporada hacen sus primeras armas en ese aristocrático deporte.

Fueron los comensales, además de Pomposa Escandón y la señorita María Errazuriz, que está pasando una temporada con los marqueses de Villavieja, la Princesa de Lygne; las condesas de Velayos y Yebes; Su Alteza Real el Infante D. Alfonso; el Príncipe de Ligne; los condes de Velayos y Yebes, y D. Luis de Urquijo y Landeche.

También en la Legación de China se ha celebrado una elegante comida, en la que fueron comensales de los Sres. de Liou, el embajador de la Gran Bretaña y lady Howard; el embajador de los Estados Unidos y Mrs. Woods; el subsecretario de Estado, y la señora de Palacios; el primer introductor de embajadores, y la condesa de Velle; el ministro del Japón, conde de Hiro-sawa; el ministro del Uruguay, y la señora de Fernández Medina; el agregado militar de la Embajada de Francia, y la vizcondesa de Cuverville; el agregado militar de la Embajada de los Estados Unidos, y Mrs. Cocroft, y el cónsul de los Estados Unidos, y Mrs. Merrill.

RECUERDO HISTÓRICO

LA VILLA, LAS RIAS Y LOS MONTES DE LA SANGRE

VII

EL TERCER CUERPO

Si grande fué la conmoción producida por la derrota del general Moriones en Somorrostro, no fué menor la que llevó consigo el gran fracaso del duque de la Torre en San Pedro Abanto.

Días de ansiedad fueron aquellos que siguieron al fatídico 27 de Marzo de 1874, aumentados todavía más por los rumores de próximos acontecimientos políticos de importancia.

En efecto, al mismo tiempo que el telégrafo o no transmitía noticias del campo de batalla o si la transmitía no eran fiel reflejo de la triste verdad; el Gobierno se hallaba en crisis. La producción, la diversidad de opiniones, en el seno del Gabinete, sobre la conveniencia de otro Ministerio por completo homogéneo; el gran espíritu alfonsino del Ejército del Norte; los rumores de un próximo regreso a Madrid del Presidente del Poder Ejecutivo y el nombramiento para el mando en jefe del nuevo 3.º cuerpo, del Capitán General D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero, prócer militar de liberal conservador abolengo.

Como la presencia del duque de la Torre en Somorrostro se consideraba precisa, no sólo por el problema militar sino también para contener con su autoridad y su prestigio la latente conspiración a favor del Príncipe de Asturias; su vuelta repentina a la Capital, coincidiendo con la ida de Concha a las Encartaciones, cosas ambas que se creían hechas a iniciativa del Ministro de la Guerra, interino Presidente, hizo que el Gabinete se considerase vendido, culpando de todo ello al digno e ilustre soldado marqués de Sierra-Bullones.

No vino el Duque a Madrid; pero ofendido en su dignidad Zabala, ajeno por completo a cuanto se le culpaba, presentó su dimisión, que hubo de retirar a ruegos de todos los Ministros, de Serrano y del Capitán General de Castilla la Nueva, D. Manuel Pavia y Rodríguez de Alburquerque.

Como en la triste fecha del 25 de Febrero, el patriotismo logró, entre los prohombres de la situación imponerse, y demoraron el resolver sus diferencias políticas hasta tanto que el marcial problema de Bilbao tuviese honrosa solución.

No poco contribuyeron a ella los grandes y prolongados esfuerzos del Vicealmirante Topete, que del Cuartel General vino a Madrid con esta misión.

Entre tanto, en la capital y en toda la Nación, se iba abriendo paso, la para los liberales, espantosa hecatombe de San Pedro Abanto. Sus horribles detalles llegaban despacio, pero llegaban en toda su desconsoladora verdad, y como en los días de Somorrostro pasaban también las fronteras y los Estados de la Europa iban comprendiendo, cada vez mejor, toda la pujanza y fuerza del Ejército carlista.

Pero la entereza liberal no vacilaba un momento; todo antes que ceder. Parecía que los restos del insigne progresista D. Salustiano Olózaga, que en aquella fecha fueron trasladados a España y a Madrid, al ser expuesto en el Palacio de las

Cortes y después al ser trasladados, con gran pompa al cementerio Sacramental de San Nicolás, transmitían nuevas energías para seguir luchando hasta morir, si preciso fuera.

Preparábanse y se organizaban en todas las provincias de España nuevos batallones, y algunos que aquellos tiempos vivieron no podrán olvidar, seguramente, que en la capital, en lo que entonces era afuera de la Puerta de Alcalá, en el espacio comprendido entre las tapias del Retiro y la actual Plaza de Toros, en construcción durante estos hechos, fuerzas del 5.º de Carabineros y de reclutas de la reserva, hacían diarios ejercicios de campaña, que eran con verdadera atención contemplados, bajo un hermoso sol de

que sombreaban el curtido y viejo semblante de algunos veteranos que oyeron silvar las balas en Mendigorria o en Luchana.

Peró no creía el pueblo madrileño terminada su misión sólo viendo, en las primeras horas de la tarde, las maniobras de sus jóvenes quintos, que pronto habrían de verse las caras con el temible enemigo; pensaban también en el socorro de los heridos de la campaña y en mejorar la dura situación de los que tan heroicamente peleaban. Y así, todos, sin distinción de clases, contribuyen, según sus aptitudes o facultades, aliviando a los que caen con el mejor servicio sanitario, y al Ejército entero con el oro y la plata que, a manos llenas, entregan con entusiasmo al soldado. La suscripción abierta por *El Imparcial* a fines de febrero aumenta diariamente, y las sumas recaudadas por las señoras de la Cruz Roja y de la nueva Asociación ascienden a más de 20.000 duros.

Con el fin de aumentar los socorros para el Ejército, los marqueses de Alcañices dan en su aristocrática mansión un brillante concierto, en que las localidades se pagan a 100 reales, y en el que toman parte la Fossa, Tamberlik y Bucolini, además de Monasterio, Guelvenci y Mieseki.

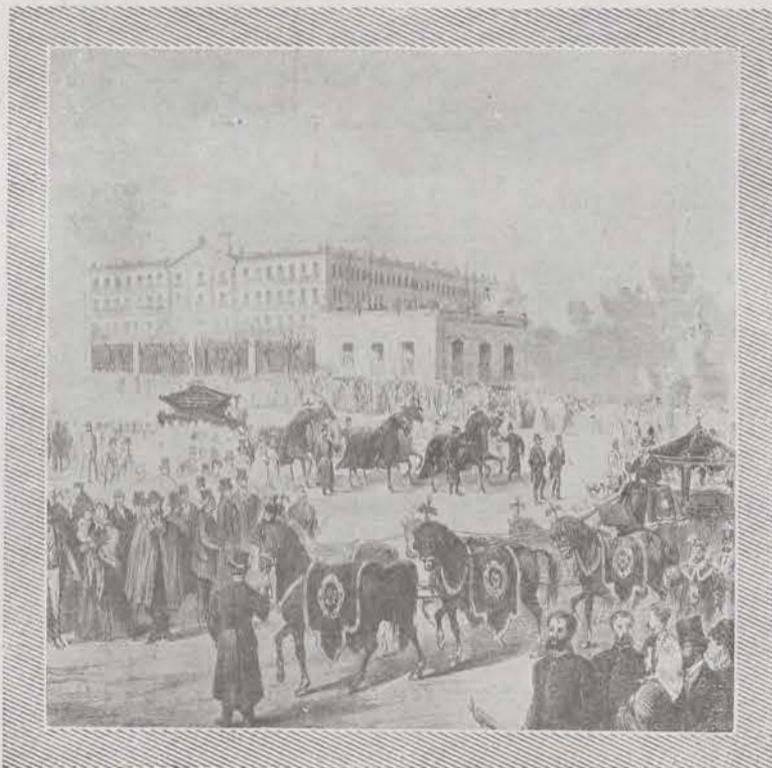
En medio de las desdichas de la Patria, el espectáculo no podía ser más consolador ni más gallardo. Seguía la moderna historia de España escribiendo sus páginas bellas y tristes.

Las derrotas del Ejército del Norte en las líneas del Somorrostro y la situación, cada vez más angustiosa, de Bilbao, fueron la causa de que el duque de la Torre, posponiendo todos los peligros el vencimiento del carlismo, nombrase Comandante en Jefe del 3.º Cuerpo a D. Manuel de la Concha, no obstante su ideal alfonsino y de la oposición que este prócer mostró, después del golpe del 3 de enero, a que D. Francisco Serrano fuese nombrado Presidente del Poder Ejecutivo.

El marqués del Duero era, en tan trágicas circunstancias, el primer prestigio militar de la Nación: gran y su adhesión a la causa liberal, hicieron que no sólo el duque de la Torre, que utilizó en efectivo sus servicios, sino D. Nicolás Salmerón y D. Emilio Castelar en 1873; pensasen en él para triunfar sobre don Carlos.

Bizarrrísimo guerrero de la primera guerra Civil, laureado de San Fernando siete veces, D. Manuel de la Concha conservaba a los sesenta y siete años todas las energías de la juventud. La «Vida por la Patria» era su lema, y el Estado, para defenderse del carlismo en 1874, encontró al general con los mismos arrostos que en sus mocedades mostró peleando en Belascoain y en Arroniz y tan hábil estratega como en los días de la expedición a Portugal, en 1847, que le valió la Grandeza de España de primera clase y el título de marqués del Duero.

El 5 de abril recibía D. Manuel de la Concha el orden de su nombramiento para el Ejército del Norte, y en la tarde del 6 salía, en tren especial, de Madrid, con dirección a Santander, acompañado de su Jefe de Estado Mayor, el General D. Manuel de la Vega Inclán, de sus respectivos ayudantes y del



Madrid. Conducción de los restos de D. Salustiano de Olózaga al cementerio de la Sacramental de San Nicolás.

primavera, por numerosa concurrencia que, en pie, o sentada sobre las piedras del polvoriento llano, mostraban las clásicas mantillas y los altos peinados, los pañolones de ocho puntas y los anchos, elevados y redondos, sombreros de copa,

estratega, sus marciales talentos, supatriotismo y su adhesión a la causa liberal, hicieron que no sólo el duque de la Torre, que utilizó en efectivo sus servicios, sino D. Nicolás Salmerón y D. Emilio Castelar en 1873; pensasen en él para triunfar sobre don Carlos.



Ejercicios militares por los batallones de la reserva en las afueras de la Puerta de Alcalá.

batallón 5.º de Carabineros. Las dificultades con que, desde los primeros momentos, tropezó el marqués del Duero para la rápida y perfecta organización del Cuerpo de su mando fueran enormes, aumentadas todavía más por la fuerza de los temporales de agua y de nieve, que sin cesar se sucedían en el interior y en la costa.

Las fuerzas de Infantería que habían de formar el 3.º Cuerpo, eran, por completo, heterogéneas. Sus 25 batallones, ocho eran de tropas veteranas, pertenecientes al Ejército que estaba en Somorrostro, cinco de Guardia civil, cinco de Carabineros y siete, en su mayor parte, de reclutas.

Era preciso, en perentorio término, convertir en hombres de guerra a la dotación de 17 batallones; trocar en soldados a los quintos; acostumar a las maniobras de infantería a civiles y carabineros.

No terminaban aquí las dificultades, y era la mayor, y fué la más trascendental, la que se refería al servicio de transportes, en un cuerpo de tropas que, dado lo abrupto del terreno en que tenía que operar y la rapidez de las marchas, necesitaba conducir a lomo sus raciones, la reserva de cartuchos, el servicio de Sanidad, la impedimenta toda.

Con prontitud febril acudió a todo, incansable, el marqués del Duero.

Aunque enfermo a su salida de la capital, se detenía en Valladolid primero y en Palencia después, para conferenciar, respectivamente, con el Segundo Cabo de la Capitanía General de Castilla la Vieja, y más tarde con el Teniente General D. José Turón, Director General de la Guardia civil. Ambas conferencias tenían por objeto el activar la organización y marcha de las tropas de aquella Capitanía, que habían de salir a campaña.

Detúvose Concha también en Reinosa, por las mismas causas, y el 8 por la mañana llegaba a Santander.

Obligado a guardar cama el marqués del Duero, no por eso cesó en su actividad ni fué menor.

Como las fuerzas procedían de todas partes de España y hasta de Melilla, su concentración en la costa era más lenta, pero seguían llegando sin cesar, no obstante la detención de algunos trenes por las nieves, para en el acto salir para sus cantones, y allí emprender, sin dilación, constantes ejercicios y maniobras de tiro, sin que la lluvia y los vendavales fueran obstáculo para ello.

Impuesto Concha por los ampliados y duplicados planes de las Encartaciones de la exacta topografía del terreno en que había de operar, mantuvo en el más profundo secreto el por dónde se habían de mover sus tropas, y dotó a las divisiones de su mando de un telégrafo de señales, sistema de banderolas que, movidas por individuos de la vanguardia, debían de señalar los movimientos y posiciones del enemigo.

Ya repuesto el General, en pie al amanecer, no cesaba en su trabajo hasta las diez de la noche; sobrio en el comer y mucho más en el dormir, lamentaba las pocas horas en que se entregaba al descanso.

Por fin el temporal de mar amainó un tanto, y el Comandante en Jefe del 3.º Cuerpo pudo trasladarse el 16 de Santoña a Castro Urdiales.

Esperado por buen número de Generales y Jefes y dos Ayudantes del duque de la Torre, inmediatamente marchó al Cuartel General de San Martín, de Somorrostro, en donde fué recibido por D. Francisco Serrano con las mayores muestras de deferente atención.

Sin tardar, los dos Generales se trasladaron a la casa alojamiento del duque, y allí tuvo lugar la primera conferencia, y con ella la presentación del plan de campaña del marqués del Duero.

Era éste el efectuar Concha, con las fuerzas de su mando, un movimiento envolvente por la izquierda de las posiciones carlistas; la maniobra había de rebasar la línea enemiga en forma tal, que quedase de ella por completa retaguardia. De este modo, los facciosos, concentrados en su mayor parte frente a Bilbao y zonas inmediatas, se verían obligados, no sólo a levantar el sitio de la invicta Villa, sino quizás a capitular,

si era posible el cortarles por completo las comunicaciones, encerrándoles entre el mar y la Ría.

Siempre en contacto el 3.º Cuerpo por su izquierda con el 1.º y 2.º, situados en el valle del Somorrostro, sus movimientos habían de ser combinados; era preciso que los carlistas siguiesen creyendo en un nuevo ataque de frente, para que no trasladasen de allí fuerzas a puntos que habían de atacar el marqués de Duero. Simulados movimientos de avance, por parte de las tropas del duque de la Torre, debían fijar al enemigo en sus posiciones.

El movimiento de Concha había de formar un ángulo recto, cuyo vértice se encontraba en Avellaneda, la izquierda en Castro y su derecha en Bilbao.

Acordado este plan, después de visitar el Comandante en jefe del 3.º cuerpo, los lugares en que, con torrentes de sangre, fueron escritas páginas, tan heroicas y tan tristes de la Historia militar de España, regresó el marqués del Duero a Castro-Urdiales el día 18, estableciéndose allí en la quinta de Miramar.

Concha creía el triunfo seguro; así lo manifestó a su salida de Madrid y después, ya en el teatro de las operaciones, a sus tropas, cuando por primera vez, en la mañana del 19, pasó revista en el valle de Sámano a los ocho batallones veteranos, regimientos de León y de Ramales,



Tren de tropas detenido por las nieves.

de Tetuán, 2.º de Valencia y 1.º de Carabineros. «¡Soldados!—les dijo—: Los Tercios de Flan-des, ambicionaban la reunión de los insurrectos para exterminarlos en una sola batalla; vosotros que no les cedéis en valor, tenéis ahora esa fortuna, que aquellos veteranos no lograron, ni tampoco alcanzaron nuestros soldados de la pasada guerra civil. El triunfo nuestro es seguro; las puntas de vuestras bayonetas nos abrirán, en breve, el camino de Bilbao.»

Componían el nuevo cuerpo de Ejército, 16.000 hombres, un escuadrón y cinco baterías: tres de montaña Plasencia y dos de rodada Krup; 377 mulos y 400 carretas, pues no habiendo podido por la premura del tiempo, encontrarse número suficiente de acémilas, hubo que sustituirlas de tal modo.

Organizado el Cuerpo en tres divisiones y seis brigadas, mandaba la 1.ª división el Teniente General D. Rafael Echagüe, y la 2.ª y 3.ª, respectivamente, los Mariscales de campo D. Arsenio Martínez Campos y D. José de los Reyes, estando este último encargado también del servicio de convoyes. Una batería de montaña Plasencia y otra de rodada Krup, iban con la 1.ª división, y dos baterías de montaña Plasencia con la 2.ª y 3.ª. Afectos al Cuartel general quedaban: un batallón de la Guardia civil, tres compañías de ingenieros, la caballería y una batería rodada Krup, Administración Militar y Sanidad.

Constituían las fuerzas del duque de la Torre 15.400 combatientes, organizados en una división de vanguardia y los cuerpos 1.º y 2.º a las inmediatas órdenes de los Tenientes Generales Letona y Laserna, dando un total de 35 batallones, con artillería, caballería e ingenieros.

Las líneas carlistas de Bilbao iban a verse atacadas, por vez postrera, por 32.000 soldados de todas armas que lograrían, al fin, la tan esperada victoria.

Las tropas de Concha quedaron concentradas entre Laredo y Castro-Urdiales y el confin de las Encartaciones.

El marqués del Duero dió órdenes muy severas con respecto al uso y abuso de los disparos, prohibiendo el hacerlos sin objetivo, siempre sobre seguro y escasos sobre el enemigo cubierto. Nadie podría retirarse del campo de batalla sin herida que exigiese inmediata cura, y hubo de organizar asimismo, el número de hombres de cada batallón que habían de auxiliar a los camilleros en el transporte de los heridos.

Los carlistas, que no dudaban de que serían otra vez atacados, tuvieron la certeza de ello y supieron el gran prestigio militar que tomaba el mando de un fuerte cuerpo de tropas, por haber interceptado un parte del General Lope Domínguez, dirigido al Gobernador Militar de Bilbao, Brigadier Castillo, que decía: «Tenemos 24.000 hombres en Somorrostro y viene Duero con 16.000 para flanquear derecha; así que Bilbao será pronto libre.»

Esta revelación para los facciosos era muy grave.

«Hasta entonces, decía D. Francisco Hernando, los generales que habíamos tenido enfrente no eran temibles, porque faltos de pericia se limitaban a atacar, la mayoría de las veces, a ciegas, por donde nosotros queríamos, y se estrellaban contra las dificultades que de intento les habíamos preparado. Pero el General Concha, hombre de superior inteligencia militar, de grandes conocimientos, no podía caer en los errores de los demás y de seguro había de ponernos, con sus planes, en mayores apuros que ninguno.»

Sabían ya los facciosos que serían atacados por su izquierda, maniobra, según ellos, lógica y natural desde el comienzo de la campaña; pero no conocían el punto preciso y cometieron el error gravísimo de pensar que el marqués del Duero avanzaría por Valmaseda, error que el Jefe de Estado Mayor Elio, fué el primero en sostener.

Claro es que, con sus maniobras, Concha tuvo desde el principio desorientados a los carlistas, consiguiendo que el Alto Mando faccioso creyese, hasta bien cercana la batalla, que la marcha del 3.º Cuerpo sería por el Valle de Carranza, tanto más, cuanto que las tropas del marqués del Duero estuvieron acantonadas en Ramales.

En consecuencia, el veterano Elios, después de dejar a Dorregaray al frente de las fuerzas navarras, vizcaínas y guipuzcoanas que defendían el campo atrincherado de Somorrostro y a Larramendi sobre Galdames con los voluntarios alaveses y de Aragón, situó en las nuevas posiciones, que arrancaban en la extrema izquierda; a la derecha, en Talledo, las Muñecaz y Villaverde, respectivamente; a Andéchaga, Yoldi y Aizpuru, con seis batallones de Encartados, cántabros y guipuzcoanos; y en la izquierda, desde Santa Cruz de Arcentales hasta Carranza, a Martínez de Velasco, con un batallón de astures y cuatro castellanos. Elio estableció primero su Cuartel general Traslaviña (centro) y después en So- dupe.

La línea carlista, al extenderse de este modo, 15 kilómetros más, forzosamente se tenía que debilitar.

Con prontitud febril, para suplirlo, los facciosos hicieron desde las Muñecaz, último punto fortificado, hasta el final, numerosas trincheras, zanjas y parapetos, dispuestos en ellos a hacer la misma resistencia que en el Mantres y en el Montañó hicieron el 25 de febrero y después el 27 de Marzo en San Pedro Abanto.

Pero en las nuevas posiciones, aunque tan formidables y bien protegidas como las de Somorrostro, las fuerzas carlistas estaban diseminadas. La inseguridad del punto por donde Concha había de dar el ataque, obligaba a ello a los facciosos.

Desde la tarde del 27, el enemigo se movía amenazando, con sus marchas, distintos frentes de la línea general carlista.

Andéchaga, desde su posición de las Muñecas y Dorregaray, desde las suyas de Somorrostro, participaron los dos a Elio su convicción de que serían atacados en la mañana siguiente.

El anciano Jefe de Estado Mayor faccioso leyó ambos partes y en visperas de la batalla que tanta importancia había de tener, con la calma que le era proverbial, dijo: «No creo que ataquen por los dos lados a la vez; veremos mañana si acierta Dorregaray o acierta Andéchaga.»

No había finalizado la tarde del 27, cuando un

repentino y brusco ataque de las tropas de Concha descubrió a los carlistas el verdadero plan del enemigo.

La brigada Ortal, de la división Echagüe, lanzó sus batallones al asalto, y, a punta de bayoneta, ocupó las alturas situadas a la izquierda de Ontañez. Todo el 3.º Cuerpo maniobró sobre su izquierda, desde las orillas del Agütera a la carretera de Castro a Valmaseda.

El ataque del marqués del Duero iba directo a las Muñecas.

Aunque tarde, los facciosos, rapidísimos, también maniobraron en la misma dirección, pudiendo, gracias a su asombrosa movilidad y a la lentitud de los convoyes del 3.º Cuerpo, concentrarse en el punto que debía de ser atacado.

Astures, castellanos y guipuzcoanos corrieron al lado de sus compañeros de armas Cantabros y Encartados.

Todas las posiciones carlistas, desde la Muñeca a Somorrostro, se aprestaban a la defensa.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

Bodas

El enlace de la encantadora señorita Carmen Martín Montis, hija de los marqueses de Linares, con el distinguido abogado D. Fernando Redondo constituyó, a mediados de mes, un acontecimiento para la sociedad madrileña.

Días antes de la boda estuvo expuesto en casa de los marqueses de Linares el equipo de la bella novia.

El equipo es magnífico; toda la ropa está guardada en encajes verdaderos y muy bien bordada.

La mayor parte es de hilo; pero también tiene juegos de crespón de seda en blanco y en color, muy bonitos.

La ropa de cama y las mantelerías son una nueva manifestación del primer y buen gusto con que se trabaja en España.

En batas, combinaciones y vestidos, tiene una colección realmente ideal.

Entre las *toilettes* de noche merece especial mención una de terciopelo *mauve*, con un gran lazo de tul de plata, y entre los abrigos, uno de topo.

El novio regaló a su prometida dos perlas hermosas para las orejas, pulsera de zafiros y brillantes, sortija con una perla, dos vestidos preciosos y el de boda.

La señorita de Linares regaló al que ya es su marido, una botonadura de zafiros y brillantes y una sortija de platino y amatista.

Los marqueses de Linares regalaron a su hija dos solitarios magníficos, pulsera con una perla y tres aros de brillantes, mantillas negras y blancas, abanicos antiguos, varios pañuelos de encaje y mantón rojo de Manila; sus hermanos solteros, un reloj y broche de brillantes; sus hermanos los señores de Martín Montis, un centro de cristal y plata para mesa; sus padres políticos señores de Redondo, collar de perlas y mantilla de blanca negra; su abuela política la señora viuda de Redondo, pendientes largos de amatistas y brillantes y chal de Manila.

Los marqueses de Linares, a su hijo político, un servicio completo de plata para mesa, y sus hermanos políticos María Raimunda, Conchita, José e Isidro Martín Montis, vajilla de Sevres.

Entre los innumerables regalos, que recibieron también los novios, figuran los siguientes: los condes de Yebes, botella de cristal y plata; condes de Montefuerte, juego de *vermeil* para escritorio; señores de Chávarri, mantequero de cristal y *vermeil*; señores de Montis y Allendesalazar (D. Francisco), quesera de plata; señores de Socas Clar, pulsera de brillantes y zafiros; señores de Montis, rosario antiguo; señores de Ibarra, caja de plata repujada; marqueses de Villabragima, bote de plata para te; señores de Mota, fuentes de plata; D. Luis Landecho, mesa con incrustaciones de marfil; la servidumbre de la casa, servicio de plata para helado; señora viuda de Ca-

ses, botella de cristal y plata repujada; marqueses de Donadio, lámpara japonesa; marqueses de Urquijo, timbres de esmalte; condes de Bernar, bolsillo de esmalte; condes de Romanones, lámpara de cristal y *vermeil*; señores Ruiz de Villa, pañuelo de Bruselas; condes de Sallent, fruteros de plata; marqueses de Portugaleta, florero de cristal y *vermeil*; Sres. de Garay, licorera de cristal y *vermeil*; condes de Moriles, fruteros de plata; D. Manuel Allendesalazar, florero japonés; marqueses de la Cenía, bote de plata para te; Srta. Palmer, tazas de plata para te; marquesa viuda de Labastida, saleros de plata; señores de Montis Allendesalazar, espejo de plata para tocador; condes de la Quinta de la Enjarada, candelabros de plata; marqueses de Balboa, compotera de porcelana; condesa viuda de Montefuerte, cestita de cristal y plata; marqueses de Casa Madrid, caja de cristal y *vermeil*; señora viuda de Chávarri, dos frascos de cristal y plata; P. Vázquez, capellán de la casa, saco de viaje con estuche de *toilette*; señora de Escudero, lavafutas de plata; conde viudo de Albiz, bombonera de cristal y plata; conde de Michelangelli, lámpara de porcelana; condes de Albiz, esenciero de cristal y plata; señores de Zúñiga, *panneau* de plata; señores de Revilla, estuche de cubiertos; Sr. Martín Murga, estuche de cubiertos; señorita Crespi de Valldaura, centro de cristal blanco y negro; duques de Pastrana, una lámpara; marqueses de Santa Cruz de Rivadulla, marco de concha y plata; condes de Cedillo, cestillo de plata; marqueses de Alhucemas, paraguas; señores de Sáinz de Vicuña, jarrón de plata; señores de Albert Despujol, bolsillo; viuda de Jove, cartera de piel; doña María Gallangos, farol antiguo, y muchísimos más.

La boda fué en la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud, preciosamente adornada con profusión de blancas flores. El presbiterio aparecía convertido en un jardín. A lo largo de los bancos corrían guirnaldas de flores, que terminaban en los extremos con grandes bolas.

Los novios entraron en la iglesia a los acordes de una marcha nupcial, ella del brazo de su padre y padrino, y él dando el suyo a su madre y madrina, la señora de Redondo (D. Ladislao), nacida Hurtado de Mendoza.

La señorita de Linares, que es una de las muchachas más lindas de la sociedad de Madrid,

realzaba su belleza con el traje de desposada, de crespón romano y tisú de plata, con largo velo de encaje de *point d'Alençon*.

Bendijo la unión el obispo de Madrid-Alcalá, arzobispo preconizado de Valencia, D. Prudencio Melo, que pronunció elocuente y sentida plática.

Como testigos firmaron el acta, por parte de ella, su hermano, D. Antonio Martín Montis, y sus tíos, los condes de Sallent y Moriles, D. Manuel Montis y Allendesalazar y D. Rodrigo Ruiz de Villa, y por parte del novio, el conde de Romanones, el marqués de Villabragima, el conde de Velayos, D. José Miguel de la Mota y el fiscal del Tribunal Supremo, D. José Lladó.

Durante la ceremonia, una notable orquesta, con solos de voces, ejecutó diversas composiciones.

Terminado el acto religioso, los novios y sus padres recibieron cariñosas felicitaciones de la concurrencia, que era tan numerosa como distinguida. Buena parte de la sociedad de Madrid había acudido a rendir el homenaje de su simpatía a la bella novia.

Desde el templo se trasladó la comitiva nupcial a la elegante residencia de los marqueses de Linares, en la calle de Lista, donde fueron obsequiados los concurrentes con espléndido te.

La casa, que es muy bonita y está alhajada con mucho gusto, mostraba un adorno extraordinario de flores.

Los nuevos señores de Redondo recibieron numerosas enhorabuenas de sus amistades. A ellas unimos la nuestra, haciendo votos por su eterna ventura.

Los marqueses de Santo Domingo y los duques de la Vega han participado a sus relaciones el próximo matrimonio, que se celebrará en el mes de abril, de sus hijos la encantadora señorita de Maroto y Pérez del Pulgar y el bizarro oficial de la Escolta Real, que tan brillantemente se ha conducido en la campaña de Marruecos, don Ramón Carvajal y Colón.

Los novios están recibiendo numerosos regalos de sus amigos.

En la iglesia de San Luis Gonzaga se ha celebrado el matrimonio de la distinguida señorita María Roselló, hija del exministro D. Alejandro, con el ilustrado arquitecto, D. Luis Vidal.

En el mes de junio se efectuará el enlace de la señorita Carmen Polo, con el heroico comandante del Príncipe, don Francisco Franco Belmonte.

Se dignará apadrinar al exsegundo jefe del Tercio Extranjero, S. M. el Rey.

Según anuncia un cronista, en el próximo mes de mayo se celebrará la boda de la bella señorita María de Anduaga y Ramírez de Saavedra, duquesa de Rivas, con el joven diplomático don Victoriano Sáinz.

En los primeros días del próximo mes de Abril se efectuará la boda de la bella señorita María Luisa Alba, hija del ministro de Estado, con D. Luis Gil de Biedma, primogénito del senador vitalicio, Sr. Gil Becerril.

Ha sido pedida en Zaragoza la mano de la distinguida señorita María Nemi Oronda, de ilustre familia navarra, para D. Cristóbal María de Barrionuevo, hijo de los vizcondes de la Torre-Mayor, perteneciente a la más antigua nobleza malagueña.



La bella señorita Carmen Martín y Montis y D. Fernando Redondo después de su enlace

Fot. Mar'n.

Mundo Mundillo...



HAN pasado los días de Semana Santa. Las ceremonias religiosas han revestido, en Palacio y en los principales templos madrileños, gran solemnidad y brillantez. Nuevamente ha vuelto a triunfar la mantilla española, prenda castiza, que es el mejor marco para una cara de mujer. Y con los primeros días de la Primavera vino la florida Pascua de Resurrección, con una nueva vida en la ciudad, con nuevos alborozos, con sana alegría por todas partes.

Los teatros, llenos, rivalizando en atrayentes novedades; el circo de Parish comenzando una nueva temporada, para regocijo de chicos y grandes, y los paseos y los parques, anunciando en árboles y plantas los primeros brotes, forman como una especie de canto para recibir alegremente a la estación de las flores.

DURANTE los pasados días se han dado en Madrid, con motivo del Salón de la Moda, notables conferencias sobre temas que interesan sobre todo a las señoras. La distinguida cronista doña María de Perales demostró su buen gusto y su talento disertando acerca de *La mantilla española*. Otra escritora notable, cuyos méritos literarios son de todos conocidos, D.^{ña} Salomé Núñez Topete, habló de temas interesantes, como los matices en el atavío femenino y como el calzado en la mujer, evidenciando con su trabajo una cultura y un arte extraordinarios.

En nuestro próximo número nos proponemos reproducir esta primorosa conferencia.

También el conde de Vignier leyó un notable trabajo, en francés, sobre diferentes aspectos del arte del vestido.

Todos los conferenciantes fueron muy aplaudidos.

EN la Embajada de Inglaterra se ha celebrado una comida en honor de Mrs. Asquith, esposa del ilustre político inglés, y de su hijo.

Con las personas ya citadas fueron los comensales, además del hijo mayor de los embajadores y de dos sobrinos de éstos, que han venido de Inglaterra acompañando a su primo, el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones; el Príncipe y la Princesa de Hohenlohe; el ministro de Suecia y madame Danielsson; el encargado de Negocios de Polonia y madame Tomaszewska; la condesa y el conde de Cuevas de Vera; el agregado militar de Francia y la vizcondesa de Cuverville; el cónsul de los Estados Unidos y mistress Merril; el marqués de Castell-Bravo y algunos otros.

SE encuentra restablecida de su dolencia la bella señorita María Victoria Bermúdez de Castro, hija del ex ministro marqués de Lema y nieta del presidente del Senado, Sr. Sánchez de Toca.

EL consejero de la Legación de Polonia y su distinguida esposa, madame Tomaszewska, han obsequiado con un té a algunas de sus amistades.

En la tarea de hacer los honores a sus invitados auxilió al matrimonio su encantadora hija María.

POR el duque de T'Serclaes, y en nombre de su hijo D. Luis Pérez de Guzmán y San Juan, ha sido solicitada la rehabilitación del título de marqués de Morbecq, creado en 1620, por Felipe IV, a favor de D. Juan de Montmorency.

LOS señores de Loring (D. Jorge) han sido víctimas de un accidente de automóvil, del que sufrieron varias heridas, aunque, por fortuna, no graves. Deseamos el pronto restablecimiento del distinguido matrimonio.

Casa RAMOS-IZQUIERDO

TROUSSEAU LAYETTES

Plaza de Alonso Martínez, 2. -- Teléfono 141-J.

EN los últimos cruzamientos y bautizos, *La Duquesita* ha servido todos los estuches y sortijeros de alabastro, llenos de bombones y violetas *candy*, que los interesados... o sus padres, han enviado, como obsequio, a sus amistades.

HA dado a luz con toda felicidad una preciosa niña la señora de Muguero (D. Antonio), nacida María Gil de Biedma. Con este motivo, el senador D. Javier Gil Becerril, abuelo de la recién nacida, está recibiendo muchas felicitaciones.

EL embajador de Su Majestad, D. Germán María de Ory y su distinguida esposa, recibieron el pasado martes por la tarde a sus amigos.

Fué una gratísima reunión, en la que transcurrieron agradablemente las horas.

Los señores de Ory obsequiaron a sus invitados con un espléndido té.

TAMBIÉN en casa de los duques de Parcent y de sus hijos los Príncipes de Hohenlohe, se celebró un té, al que asistieron SS. AA. el Infante don Fernando y la Duquesa de Talavera.

Asistieron asimismo el embajador de Inglaterra y lady Howard, Mrs. Asquith, la esposa del político inglés; Mr. y Mrs. Kimberley, marquesas de Valdefuentes, Jura Real y Valdeiglesias; condesa de Agrela, baronesa de Meyendorff, señora de Béistegui, Mme. Van Heeg, señoritas de Carvajal, Bertrán de Lis, Cárcer, Cardona y Delgado; señoras de Bruguera, Santos Suárez, Agrela (D. Mariano) y Silvela (don Mateo), y los señores duque de Fernán-Núñez, barón de Meyendorff, Silvela, Travesedo y otros.

Los concurrentes fueron obsequiados con un espléndido té, y se jugaron animadas partidas de *bridge*.

HAN sido puestas de largo las encantadoras señoritas Rosario de Novales y Pelayo y Emilia Villar, hija ésta del ex gobernador civil D. Pedro.

EL distinguido escritor marqués de Castell-Bravo ha dado, en el Nuevo Club, un almuerzo en honor de Mrs. Asquith, la esposa del ex presidente del Consejo inglés, sentándose a la mesa otras conocidas personas.

EN el Hotel Ritz, y ante aristocrática y numerosa concurrencia, se ha celebrado un concierto organizado por la duquesa de Vistahermosa, la marquesa de Castrillo, la señora de Aznar y la señorita Emilia Villavicencio y Crooke.

La fiesta musical, que constituyó un verdadero éxito, fué honrada con la presencia de la Infanta doña Isabel, el Infante D. Fernando y la Duquesa de Talavera.

El Dr. Fernando Ember, catedrático y ex profesor del Conservatorio de Budapest, ejecutó al piano obras de Beethoven, Chopin, Schumann y otros famosos compositores y algunas danzas típicas de su país. La personalidad artística del ejecutante y su maestría indudable triunfaron del concurso, que premió la labor del gran pianista húngaro con calurosas ovaciones.

MARIANO SANCHO
AUTOMOVILES
HUPMOBILE, CHANDLER, CLEVELAND.
MARTINEZ CAMPOS, 9.—Teléfonos J-1737 y J-127
MADRID

Notas de pésame

DESDE que entró en máquina nuestro número anterior hasta que trazamos estas líneas han ocurrido varios fallecimientos, sentidísimos todos en Madrid.

Uno de los que, sin duda, más impresionó, fué el del ilustre y respetable hombre público don Manuel Allendesalazar, Presidente del Consejo en dos ocasiones y ministro varias veces, demostró siempre cualidades de talento y de caballerosidad, inapreciables en un gobernante. Por eso su muerte fué unánimemente sentida en todo el país y su entierro fué una imponente manifestación de duelo.

El ilustre político pertenecía, como es sabido, a una noble familia de Vizcaya, que tenía en Guernica su casa solariega, y estuvo casado con una bondadosa y distinguida dama, doña María Bernar y Llácer, hermana del conde de Bernar, que era muy querida en la sociedad aristocrática. Señora muy caritativa, fué una de las que más contribuyeron con su entusiasmo y su esfuerzo a la obra de los Sanatorios antituberculosos, secundando las iniciativas de la Reina-Doña Victoria.

Del matrimonio de la señora de Allendesalazar quedan cuatro hijos: doña María de la Concepción, casada con el ex ministro D. Manuel González Hontoria; D. Andrés, diputado a Cortes, que lo está con doña María del Pilar de Encio; doña Emilia, soltera, y D. Ramón, religioso jesuita.

Hermanos políticos del finado son también el conde viudo de Albiz y D. José de Landecho.

Enviamos a la ilustre familia nuestro más cariñoso pésame.

TAMBIÉN fué muy sentida la muerte del distinguido diplomático D. Luis Perinat y Terry. Era el único hijo que quedaba a la marquesa de Perinat. Otra hija de ésta fué la difunta duquesa de Andría.

Pertenecía a la carrera diplomática y era secretario de la Embajada de España en París. También era un distinguido artista, que había ejecutado notables trabajos de escultura, obteniendo merecida recompensa en alguna Exposición nacional.

Estaba casado con una bella y distinguida dama, doña Ana María de Elío, de la ilustre familia navarra, emparentada con otras de la aristocracia madrileña.

Nos asociamos al dolor de la esposa y la madre desconsoladas.

IGUALMENTE ha fallecido en su casa de esta Corte el distinguido Sr. D. Pedro de Santiago Concha y Vázquez de Acuña, marqués de Casa Madrid, persona muy conocida y estimada en los círculos madrileños, y especialmente en la sociedad aristocrática, en la que toda su familia goza justas simpatías.

Pertenecía el finado a una ilustre familia chilena, enlazada con otras aristocráticas de nuestra sociedad. Estaba casado con doña Ana de Loresecha y Salazar, marquesa de Casa Madrid, dama muy estimada en la sociedad.

De este matrimonio son hijos D. Manuel, conde de la Vega del Ren, casado con doña Constanza Osmá; doña Isabel, esposa de D. Gonzalo de Chávarri; doña Josefina, casada con D. Antonio Martín Montis, y D. Alfonso, bizarro alférez de complemento.

Hermanos del finado son los condes de Michelangelí y los marqueses de Hijosa de Alava, y hermana política la marquesa viuda de San Miguel de Híjar.

Reciba toda su familia el testimonio de nuestro pesar.

ASIMISMO ha sido muy sentida la muerte de D. Sebastián Primo de Rivera y Orbaneja, hermano del capitán general de Cataluña, marqués de Estella.

Enviamos a los hermanos del finado y demás familia nuestro sentido pésame.

MIMÍ Y SUS HERMANOS

Los encantos de Mimi, preciosísima niña de cabellos rubios, propiamente espigas de oro, de ojos negros aterciopelados, soñadores, sin expresión picaresca,—pues Mimi en el momento que esbozo su retrato, apenas si contaba doce años y todos sus goces eran vestir y desnudar una graciosísima muñeca de fina porcelana que le tocó en una rifa del imborrable concurso de muñecas que celebró la importantísima fábrica «Floralia»,—eran innumerables.

¿No recordais vosotras, infantiles lectoras, las preciosas muñecas que en aquel espacioso salón había?

A poco que penséis os acordaréis de que el salón lo traían revuelto dos niños que rivalizaban en nerviosidad: Paquito y Manolín de nueve y diez años, hermanos de Mimi.

—¿Ves aquella muñeca vestida de Lagartera, tan lindísima? Mirala bien Paquito—le decía Manolín señalándola—; pues esa muñeca ha de tocarle en la rifa a Mimi, y si no le toca a Mimi, se la compraré yo a quien le toque, porque para eso tengo yo una huécula llena de duros. Carcajada general de las niñas y niños que oyeron la fanfarronada de Manolín.

—No, Manolín,—dijo Paquito,—a Mimi le tocará aquella otra de trapo que es más bonita, porque parecen sus ojos, ojos de verdad y yo le he oído decir a un señor, aquel alto, gordo, que viene hacia nosotros... Toma, ese señor—le interrumpió Manolín—es un personaje de la casa «Floralia». Pues ese señor le decía a la señorita aquélla alta, que esta muñeca de trapo representa no sé qué Menina que pintó uno que le llamaban Velázquez y que es una obra de arte, y cuando él, que es el que ha reunido este concurso, lo dice, bien lo sabrá.

—Pues a mí me gusta más la Lagarte-

ra, replicó Manolín, y la Lagartera será para Mimi.

—¡Pero si a Mimi no le gusta! Prefiere la Menina—expresó casi exasperado Paquito.

—¡No es verdad!

—¡Si es verdad!

—Que siempre os habéis de estar peleando—les dijo Mimi que llegó a tiempo de calmar la excitación de sus hermanos.

—Pues di cuál te gusta más—le preguntaron a coro Paquito y Manolín.

—A mí me gusta la que me toque.

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FORMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

“FLORES DEL CAMPO”

CAJA: 4,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE “FLORALIA”

Esta discreta contestación de Mimi, calmó por de pronto a los dos hermanitos que rivalizaban por agradarla. ¡Era cosa curiosa la rivalidad de los dos niños; los numerosos amigos de los padres de Mimi, Paquito y Manolín, ponían siempre de ejemplo a estos dos niños que se desvivían por complacer a su hermanita. Sin embargo, doña Rosa, madre de los tres niños, señora de clara inteligencia, veía en la rivalidad de sus hijos el peligro de que disminuyese el cariño mutuo que debían profesarse Paquito y Manolín y aconsejaba constantemente a Mimi que tuviese mucho cuidado en no despertar celos entre los hermanos.

—¡Pero, mamá, si yo los quiero a los dos igual y procuro que Paquito no se aperciba que me hacen la mar de gracia las payasadas de Manolín, porque Paquito no quiere que me ría, porque dice que, si se le ríen las gracias, se hace más payaso y Manolín se burla con la mar de sombra de la seriedad de Paquito, de modo que a veces ya no sé qué hacer para que no se peleen. Acuérdate lo que pasó en la rifa de las muñecas de la Casa «Floralia», pues porque no me tocó ni la Lagartera que le gustaba tanto a Manolín, ni la Menina que era el

encanto de Paquito, querían los tontos que renunciase a la preciosísima muñeca mía tan ricamente vestida de valenciana que es la envidia de mis amiguitas. Me querrán mucho, mamá—siguió diciendo Mimi—; pero me cuesta pensar mucho para tenerlos a los dos contentos. ¿A que no sabes lo que he pensado regalarles mañana, que cumple años Manolín?

Pues con mis ahorros, pienso ir con la Froilain cuando los niños estén en el Colegio, a la misma fábrica de «Floralia» y comprar un frasco de Loción Violeta—que da un

brillo estupendo al pelo—y otro de la Colonia «Floralia» para Manolín y dos cajitas de jabones pequeñitos «Flores del Campo» para Paquito, y como los dos son presumidos y les encantan los olores finos evito, en primer lugar, que me anden en mi tocador y me vacíen mi frasquito de esencia «Elsa».

Y en cuanto Paquito empiece a abrir las cajitas de jabones «Flores del Campo» y Manolín vierta en el agua la Colonia «Floralia», se quedarán extasiados y dejarán en paz a Mimi. Y como su madre no pudo sino aprobar y elogiar su idea, Mimi la puso en práctica y sus dos hermanos fueron felices.—*Frvolina.*

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). -- MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES

DE LA
FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES
MANTEAUX

CONSERVACION
DE PIELES

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



ELLENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO

IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7.—MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2.—MADRID.—Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4.—Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6.—Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS—
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11.—MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARRROCERIAS DE GRAN LUJO—AUTOMÓVI-
LES DANIELS—AUTOMÓVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33.—MADRID—Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38

Teléfono 34-09.—MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

LUIS R. VILLAMIL

AUTOMOVILES

MARMON :: NASH :: ESSEX

Alcalá, 62.—MADRID—Telf. S. 586.

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—OMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaria general de Seguros.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU

PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1 duplicado.



TELEFONO 29-51

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

LOS SALAMANCA

En la calle de Ferraz se halla el suntuoso palacio construido por los marqueses de Salamanca para su residencia en Madrid. ¿Quiénes son los actuales marqueses de Salamanca? El era, antes de 1905 en que heredó el título, don Luis de Salamanca y Hurtado de Zaldívar, y ella una distinguida dama perteneciente a la opulenta familia argentina de Martínez de Hoz. Casados hace relativamente poco tiempo, alternan sus estancias entre París, Biarritz, Buenos Aires y Madrid, gozando en todas partes de consideraciones y simpatías.

La personalidad del marqués de Salamanca es para nosotros particularmente interesante, por ser el nieto mayor y representante de aquel famoso español que llenó con su nombre un gran período del pasado siglo. Al título de marqués une don Luis de Salamanca el de conde de los Llanos, otorgado también a su ilustre abuelo, al que va unida la grandeza de España. El hijo mayor del famoso marqués de Salamanca murió muy joven, dejando de su matrimonio con la actual condesa viuda de los Llanos—aya de Sus Altezas las Infantas doña Beatriz y doña María Cristina—varios hijos: don Luis, que lleva los títulos de la casa; la vizcondesa de Portocarrero, la marquesa de Villavieja; don Carlos, vizconde de Bahía Honda, y don Manuel.

Familia muy respetable, y emparentada con otras de los más ilustres linajes, tales como las de Villahermosa y Viana, vive la de Salamanca en una antigua casa de la calle de Ventura Rodríguez. De ella salió para casarse el actual marqués, que es uno de los aristócratas más apreciados hoy en nuestra sociedad.

No es posible hablar de los marqueses de Salamanca sin evocar la figura de aquel noble prócer, que hizo tres fabulosas fortunas y se arruinó otras tantas, y a quien Alejandro Dumas, en cierta ocasión, dijo al estrecharle la mano: «Siento haber escrito *El conde de Montecristo* antes de haberle conocido a usted».

Solo por la gratitud a que se hizo acreedor, de los españoles en general y de los madrileños en particular, merece unas líneas de recuerdo.

Fué don José de Salamanca una de las grandes figuras de la patria en la pasada centuria y la primera en aquellas esferas en que supo desenvolverse su actividad prodigiosa y su gran inteligencia. Durante cuarenta años no cesaron sus grandes empresas, todas ellas encaminadas al bien y prosperidad de la nación, ocupando en ellas miles de obreros y cientos de artistas y empleados.

Desde 1841 hasta 1883, en que falleció, su labor fué extraordinaria. Empezó por tomar en arriendo las rentas de la sal que tenía estancadas el Estado, y que produciendo unos treinta millones, tomó por más de cuarenta y las devolvió produciendo más de ochenta. Construyó el ferrocarril de Madrid a Aranjuez, que continuó más tarde hasta Alicante, siendo ésta la primera línea de importancia que se hizo en España. Fué también el constructor de las líneas de Pamplona y Granada. Tuvo participación en otras empresas ferroviarias, y se puede decir que en aquellos tiempos no había Compañía constructora que no contase con él.

Entre otras empresas, realizó el ensanche de San Sebastián en la Zurriola y dejó adelantado el canal del Duero.

A él se debe casi exclusivamente la creación y construcción del barrio madrileño que lleva su apellido; barrio que inició construyendo el que fué su palacio—y hoy es del Banco Hipotecario—, en el paseo de Recoletos, cuando no existía allí urbanización alguna, y los madrileños, por las noches, no se atrevían a pasar de la Cibeles. Llegó a tener en este ensanche más de doce millones de pies cuadrados de terreno, que representan más de un kilómetro cuadrado, en el que construyó más de sesenta edificios, habiendo derribado la antigua plaza de toros y construido la nueva. Hoy el barrio de Salamanca es uno de los más bellos de Madrid, y está, casi en su totalidad, habitado por familias de la clase media adinerada.

En el extranjero fué donde las empresas de

don José Salamanca tuvieron más importancia financiera. Construyó en Italia las líneas férreas de Roma a Nápoles, de Roma a Ancona y de Roma a Civita-Vecchia, y en Portugal la de Lisboa a la frontera y a Oporto. Fué el corresponsal en Francia de la empresa que empezó, en los Estados Unidos, la construcción de la gran línea de Nueva York a San Francisco de California, y por los grandes servicios que en este asunto prestó, pusieron allí su nombre a una población, que es hoy una ciudad de más de 30.000 almas.

Al principio tuvo en sus negocios algunos asociados, pero después en todos estuvo solo. Siempre, con su crédito, tuvo en circulación mucho más capital del que poseía. Sus grandes beneficios los logró en el extranjero, pues en España, a causa de las perturbaciones interiores del país, le fracasaron no pocos negocios, imposibilitando la realización de más planes de mejoras que tenía pensadas para nuestro país.

Las tres fortunas que sucesivamente hizo, se las dejó repartidas en España. En sus mejores tiempos, desde 1855 a 1862, en que hubo aquí tranquilidad, llegó a reunir un capital que se acercaba a 400 millones de reales, que entonces valían más de cien millones de francos. En una de sus operaciones financieras dió un talón contra el Banco de España de 80 millones de reales, que conserva el Banco puesto en un cuadro.

Como político hizo también carrera. Fué diputado desde su mayor edad, y luego senador. En 1845 le fué confiada la cartera de Hacienda, realizando en dos gobiernos sucesivos importantes reformas.

Siendo tal su relieve financiero y político, natural era que fuese también en sociedad primera figura. Sus grandes comidas eran siempre comentadas por lo fastuosas. Sus cacerías en Los Llanos serán siempre recordadas entre las grandes cacerías.

Protegió, además, las artes en todas sus manifestaciones. Fué en Madrid el primer empresario de ópera italiana, habiendo traído artistas como la Persiani, Ronconi, Salvi, Bettini y otros de gran fama. Reunió en su palacio de Madrid y de Carabanchel—en éste fué a vivir los últimos años de su existencia—magníficas colecciones de cuadros, estatuas y antigüedades; pensionó a numerosos artistas españoles, dentro y fuera de España; fué propietario de varios periódicos y subvencionó otros. Logró reunir asimismo, una biblioteca única en su género, pues contenía todos los libros de caballería que Cervantes menciona como formando la biblioteca de *Don Qui-*

jote. Del Tirante el Blanco, del que solo se conocían en el mundo tres ejemplares, llegó a tener Salamanca dos.

Audaz y temerario en sus empresas, llegó a ser árbitro en la Bolsa de Madrid, girando a su alrededor políticos, financieros y diplomáticos de España y del extranjero.

De su fastuosidad se cuentan mil anécdotas, y el capítulo de la galantería tenía siempre en su presupuesto personal crecidísimas consignaciones. En una ocasión faltó balastro para terminar la construcción de una línea férrea, y Salamanca, con objeto de que no se retrasara la inauguración, ya anunciada, ordenó que llenaran lo que faltaba de línea con duros recién acuñados. Otra vez, para auxiliar a un amigo suyo, avaro, que buscaba media peseta extrañada, le alumbró quemando un billete de mil pesetas. Otro día, en 1844, había jugado en Bolsa a la baja, en unión de Narváez y en contra de numerosísimos bolsistas. Ganó la partida, y aquella mañana arruináronse centenares de personajes. Cuando él llegó a la Bolsa, hervían aquellos alrededores. El que menos pensaba en el suicidio. Salamanca se adelantó ante sus deudores, sonriente, y rompió todos los pagarés. Había indultado a todo el mundo.

Otro rasgo suyo, que demuestra la nobleza de su carácter, fué el acto de galantería que tuvo para doña Isabel II, cuando ésta abandonó España, acompañándola hasta que pisó suelo francés, cruzando su pecho con la banda de Carlos III y ostentando en el frac la llave de gentilhombre de Su Majestad.

Hablar del marqués de Salamanca, refiriendo bonitos rasgos de su vida, sería hacer este artículo de recuerdo interminable. Con lo relatado basta, no obstante, para formar una idea de lo que fué aquel hombre excepcional.

Sus nietos han heredado muchas de aquellas bellas cualidades. La esplendidez, el agrado, la simpatía sigue siendo patrimonio de la familia Salamanca.

Los actuales marqueses continúan la tradición. Por eso se han instalado en Madrid, y por eso, como don José, protegen a los artistas españoles en España y fuera de ella. Prueba de esto es que en su hotel de la calle de Ferraz se halla la primera obra importante que existe en Madrid del famoso decorador español Sert, tan admirado en París y en los Estados Unidos. Trátase de la decoración del comedor, en la que el gran artista no se ha contentado con ejecutar las pinturas, sino que ha dirigido todos los detalles de la estancia. Así, el techo de la habitación está formado con vigas pintadas de rojo, y las puertas son de esmalte del mismo color; todo ello armonizando con los grandes *panneaux* de laca roja, que representan algunas capitales de España. En el que representa Madrid, aparece, en primer término, la plaza de Toros, y esfumándose en la lejanía, la cúpula de San Francisco el Grande y otros edificios, arbitrariamente agrupados, pero formando un artístico conjunto. Otros *panneaux* reproducen las murallas de Avila, un trozo de Salamanca y la puerta de Alcántara, de Toledo. En el resto de la casa se respira igualmente arte. No en vano sus dueños llevan los títulos de quien fué, entre otras muchas cosas, gran protector del arte nacional.

Ahora, ésta noble familia se halla bajo el peso de un gran dolor, producido por reciente desgracia. La muerte de la duquesa viuda de Granada, tía carnal del marqués, por ser hermana de su madre, ha producido en éste noble hogar un gran sentimiento. En las manifestaciones de pésame que la Sociedad madrileña ha dedicado al duque de Villahermosa y sus hermanos han participado los Salamanca, que querían a la ilustre finada como a una segunda madre.

Por eso juzgamos que éstas líneas de homenaje a su familia no podíamos terminarlas sin asociarnos a tales manifestaciones de pesar.

DIEGO DE MIRANDA

CASA GONZALEZ
 MADRID (GRAN VIA 14)
 SEVILLA, HUELVA
 CORDOBA, MALAGA



DECORACION
 CERAMICA
 AZULEJOS
 PAVIMENTOS
 HIERROS
 ARTISTICOS
 SANEAMIENTO

IYA SE CASÓ!

El genial actor llegó sonriente. Aún sonaban en sus oídos las ovaciones delirantes, conque siempre era premiada la escena final del segundo acto. Hasta su camerino llegaban las palmas compactas y ruidosas que, invariablemente, indicaban la caída del telón. Los visitantes ya sabían a qué atenerse y cada cual apresurábase a perfilar su persona en espera del celebrado héroe.

Siempre había de oírse la voz del criado que comentaba gozoso:

—Ahora se acaba el segundo. Esos aplausos jamás nos fallan.

Y la hija del actor, sonreía con vanidad, quizá demasiado visible, y a la llegada de su padre le aplaudía como una más del público:

—¡Bravo, bravo!

Todos se apresuraban a imitarla, y otra prolongación de aplausos le envolvía en la intimidad de su saloncillo. En seguida callaban, y el actor, queriendo aparentar un cansancio insostenible se dejaba caer en un diván sonriendo con forzada amargura.

Era un hombre relativamente joven, de compleción robusta; no muy alto, elegante; casi guapo de cerca, en escena ganaba, y los gemelos femeninos eran incansables al asatearle. Realmente su arte le engrandecía.

Es incomprendible, cómo tan admirable comediante fuera la persona más distraída de cuantos he conocido. Como su imaginación era excesiva, urdía inconscientemente las mentiras más grandes para contradecirse al momento.

—Pues sí... recuerdo que aquel día vestía un pantalón de lanilla color hueso impecable, planchado, sin la menor arruga. Resbalé y caí cuan largo soy en un charco: ¡Excuso decirles como se me quedó el pantalón! Tuve que tirarlo.

Mientras, está con la pasta desfigurándose la nariz para un personaje episódico. Como curiosos calláramos viéndole maquillarse, él distraído creyó que nada había dicho y continuó:

—Como les iba diciendo, figúrense cómo sería el género del pantalón que me fui a casa, me mudé y al día siguiente tuve otra vez mi pantalón, impecable... Es el que uso para la playa.

Como él estaba atento a su tocado, no veía las miradas maliciosas de todos, pero su hija con encantadora sencillez le advirtió:

—Papá; ¿en qué estarás pensando! Acabas de decir que tuviste que tirar el pantalón, ¿cómo añades ahora que te quedó estupendo?— y caritativa le defendió sutilmente.

—Te empeñas en dar conversación mientras te pintas, y claro, te confundes. Nada señores, quedamos en que una pierna le quedó impecable y la otra infernal...

Compañero mío de colegio, y aún llevándome algunos años de diferencia (perdona lector que no diga cuantos) desde entonces supimos ser

amigos. Sabiduría que consiste en conllevarse los mutuos defectos y conocerse.

Me cuenta un hecho; me manifiesta un plan; me consulta un parecer, y de todo ello, rebajo la mitad... después otra mitad... y entonces ya voy acercándome a lo cierto. Por eso, cuando me hizo sentar, después de dar órdenes terminantes de que no estaba para nadie, empecé mi sustracción progresiva para tener adelantado el camino.

Ya tenía la peluca exactamente encajada, una encrespada cabellera negra de artista ruso. Un terno de pana oscura con ciertos claros, testigos de no muy venturosos días, completando su atavío con la chalina puesta «de cualquier modo».

—¿No sabes lo que ocurre?

—¿Bueno o malo?

—¿Bueno! ¿Desde cuando me ocurre a mí algo bueno? ¡Malo, malísimo!

—¿Malísimo? — Comento en voz alta mientras me apresuro a restar.

—¡Mimi se quiere casar!

—Hombre... ¿Y eso es malísimo?

—¿Te parece poco?

—No ¡Me parece mucho!

—¿Sabes con quién? Pásmate, ¡con Viniegra! Con ese comiquillo que habiendo echado los dientes en las tablas, tiene treinta años, y «me pisa» todas las escenas, porque dice que sin mirar al apuntador se embarulla. ¿A ti te parece?

Estoy satisfecho de mi sistema de reducción in mente. Acaba el padre sus dolamas, y me hago cargo de que en realidad el tal Viniegra nunca será un astro de Talía, pero de eso a llamarle comiquillo... Es cierto que mira al apuntador, pero también es verdad que en la concha, cuando él sale a escena, suele estar Mimi; y claro, el poder atractivo es dominante.

En fin, que titubeo antes de lanzarme a... no sé qué, pero a lo que sea ha de ser pronto, cuando un repiqueteo nervioso en la puerta viene en mi ayuda. Mimi entra como una centella.

Es una monada. Diez y ocho años. Rubia, espigada, llenita. Una ingenua con ribetes picarescos, encantadora. Se dirige a su padre.

—El señor Viniegra, galán de esta compañía, desea hablar contigo un momento.

—No estoy para nadie.

—El, no es nadie... Es un galán de tu compañía.

—Galancete, habrás querido decir...

—Galán, galán y muy galán... Algún día me lo dirás.

—Sí; cuando ya próximo a morir, padezca alucinaciones...

Ella me mira buscando ayuda. La miro yo, buscando una palabra acertada, y entre tanto busca y rebusca, desde la puerta francamente abierta, alguien pregunta: ¿Se puede?

Es un camarero, mejor dicho, eso reza en el cartel; pero también reza un poco a la derecha y después de cinco o seis puntos, las siguientes palabras: Sr. Viniegra.

Chambergos de lazos plateados; tizonas de te-

midos gavilanes: capas encubridoras y enormes; ruido de espuelas; guante de alto puño; golas y encajes, redecillas y justillos; mostachos insolentes; ojos acariciadores...

Con tales atavíos desentonaban la profusión de bombillas, cretonas y mobiliario. No se puede uno hacer completa idea de Artagnán a la luz del filamento metálico... Por eso mi vacilación momentánea. No esperaba aquella gente.

El saloncillo, ocupado por toda la compañía, esperaba de un momento a otro, la entrada triunfal de la debutante. Era el ensayo general.

El famoso actor me recibió empurpurado y mirándome sonriente a través de su binóculo. Admirable reproducción del Mazarino diplomático y chanchullero.

—¿Pero qué es esto! ¿En qué país vivimos?

—Ya ves... No me digas nada. Supongo que sabrás...

—¿Ya?

—¡Ya! Dentro de un momento la verás. Será una gran artista, pero no hubiera querido esto. Actriz... bueno; señora, no. Quiso por marido a ese galancete, que ya no mira al apuntador, pero lo mismo le da, por que sigue embarullándose. La cuestión es que ¡ya se casó!

El yerno del genial artista me mira humildemente. Me enternece y me fui a su lado. Estaba con traje de calle; no tenía papel en la nueva obra y esto le entristecía.

—Figúrese mi gozo si para mí hubiera habido alguna cosa... un paje, un escudero, un trajinante. Algo conque poder compartir su debut. Mi suegro me odia. A cualquier objeción mía me repite:—No pida nada más; ya se casó!

—No se preocupe, hablaré con Hermida. En una obra de este cariz es fácil meter a última hora un mozo de cuadra, o un bebedor 2.º, que no haga más que entrar o salir. Voy a decirselo.

—Sí, pero la cosa es que...—Planío el actorcete —es en verso... será difícil...

—Espéreme aquí. He visto a Hermida en el escenario, y él se encargará de decirle a su suegro que tal personaje es imprescindible...

Y llegó el segundo y definitivo ensayo general, y Viniegra tenía su papelito. Un mosquetero 2.º, que solo tenía que decir, cuando se detenía una diligencia a la puerta del mesón:

—¿Me caso en San Ginés!

Se barrunta la jornada.

Pero mi amigo, el célebre artista, obligó el cambio de algunos versos para amargar al feliz marido la otra jornada que no pudo barruntarse hasta el momento que Mazarino al abandonar la posta le apostrofa de esta suerte:

—Os barruntáis la jornada porque trasgáis el mosto.

¡Capitán! detened al mosquetero que en ello no perdéis nada.

A un santo mentar osó;

en la cárcel quedará

hasta que medie febrero,

esposarle y vigilarle

que por fin, ¡ya se casó!

FELIX PRICHARD

¡DIVINO DOLOR!

Atendite el videte, si est dolor sicut dolor meus.
(Lamentatio Jeremiae Prophetae; Lección III; capítulo I.)

.... Ya declina la tarde, lentamente; ¡tarde del Jueves Santo, misteriosa!, y una extraña emoción, honda y piadosa, al ánimo cautiva noblemente.

Parece la ciudad transfigurada; van las gentes a hacer las estaciones; en los labios, saetas y oraciones, en los espacios, una luz velada...

¡Cuál ya se fué la claridad cernida por las altas vidrieras ojivales!, ¡y qué pronto entre sombras sepulcrales la hermosa Catedral quedó sumida!

De su sacra tristeza y magno duelo, de su desolación, ¡cuán grave huella!; ¡todo principia a sollozar en ella, con un inconsolable desconsuelo!

Desnudos los altares; y el sagrario desierto está... ¡Engendra pesadillas el claror de las velas amarillas, del artístico y viejo tenebrario.

En el amplio crucero, o en el trascoro —del alarife medieval, portento,— ¡cómo esplende el suntuoso monumento!

¡cómo rebrilla, cual un ascua de oro!...

¿Qué ensueña el corazón, y qué presiente en esta grave tarde del misterio de un infinito Amor, que mi salterio nunca acierta a cantar, angustamente?

Del Monumento aquel, en la presencia, y ante el Manso Cordero allí inmolado, ¡qué célicas fragancias ha exhalado de inúmeros creyentes, la conciencia!

... De pronto, en el recinto silencioso de la gran Catedral ensombrecida, una angélica voz entristecida vibra con dulce acento vagaroso...

¡El Christus factus est!... la voz doliente clama en la vastedad del prócer coro; comienza el miserere, ¡como un lloro!, gime y brama el dolor, cual mar mugiente.

¡Qué divinos lamentos de ternura,

que conturban y escinden mis entrañas!

¡Y qué músicas viejas, tan extrañas,

que sollozan con lúgubre amargura!

¿Qué dolor rememoran contristadas?

¿Y qué pasión evocan? ¿A quién lloran?

¿Por qué tan tiernamente me adoloran esas excelsas músicas sagradas?

¿No lo sabéis?... ¿No lloran del planeta una humana aflicción?... Es del Dios-Hombre el supremo dolor,—¡dolor sin nombre!, lo que planea David, el Rey Profeta...

Y Cristo está en la Cruz; y su gemido, «¿Por qué, Padre, me habéis desamparado?», el tenebroso cielo ha desgarrado, suavísimo, inefable, dolorido.

Y al pie de aquesta Cruz llorando están la Virgen Madre, Juan, la Magdalena, que confunden el llanto de su pena con el fiero fragor del huracán...

.....
¡El divino Dolor!... Y yo quisiera Rabí adorado, Virgen benditísima, consolar vuestra angustia sacratísima; ¡la más sublime angustia, y la primera!

¿Por qué no ver, junto a tan gran dolor, una de las hermanas golondrinas que arrancaran, piadosas, las espigas, de la corona de mi Redentor?

¿Y por qué no cantarle, Madre mía,

el himno de tu duelo, sobrehumano;

y cual el del poeta franciscano

del Stabat; tiernísima elegía?

Ni soy yo golondrina, ¡oh Padre!, ¡oh Dios!,

ni tampoco poeta, ¡Madre amada!...

Sólo sé, en esta hora desolada,

llorar amargamente con los dos...

ADOLFO DE SANDOVAL

Semana Santa, 1923.